

DEVOCIONAL MCC

JUAN



SIGUE A

JESÚS

© EDITORIAL EVANGELIO VIRAL

MIAMI, SEPTIEMBRE 2025

La misión de *Editorial Evangelio Viral* consiste en publicar libros que edifiquen una comunidad de discípulos de Jesús que hacen más contagioso el evangelio del reino de Dios.

Título: Sigue a Jesús

Autor: Darwin González

Editor: Darío Izquierdo

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera© 1960 por Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas unidas.

EDITORIAL EVANGELIO VIRAL

Email: editorialevangeliioviral@gmail.com

Texto: (786) 290 1184.

ISBN#: 9798267134224



Libros sugeridos por la editorial

Mateo: A solas con el Rey

Hechos: Unidos en la misión

Gálatas & Romanos: Libertad en Cristo

1,2 Corintios: Seamos una iglesia saludable

Efesios, Filipenses, Colosenses: Cristo-céntrico

Todos los títulos pueden encontrarse en Amazon.
Mientras lees, comparte con tus amigos en redes usando

#EditorialEvangelioViral

Dedicatoria

*A Esdras y Everly, mis príncipes.
Hijos míos, sigan a Jesús.*

Agradecimientos

*A mi Elianet, mi esposa amada,
por seguir conmigo a Jesús*

Contenido

<i>Prefacio</i>	<i>i</i>
<i>Juan 1</i>	<i>1</i>
<i>Juan 2</i>	<i>9</i>
<i>Juan 3</i>	<i>15</i>
<i>Juan 4</i>	<i>21</i>
<i>Juan 5</i>	<i>29</i>
<i>Juan 6</i>	<i>37</i>
<i>Juan 7</i>	<i>45</i>
<i>Juan 8</i>	<i>51</i>
<i>Juan 9</i>	<i>59</i>
<i>Juan 10</i>	<i>65</i>
<i>Juan 11</i>	<i>71</i>
<i>Juan 12</i>	<i>79</i>
<i>Juan 13</i>	<i>87</i>
<i>Juan 14</i>	<i>97</i>
<i>Juan 15</i>	<i>107</i>
<i>Juan 16</i>	<i>115</i>
<i>Juan 17</i>	<i>123</i>
<i>Juan 18</i>	<i>129</i>
<i>Juan 19</i>	<i>137</i>
<i>Juan 20</i>	<i>147</i>
<i>Juan 21</i>	<i>157</i>

Prefacio

¡Bienvenido al Evangelio de Jesucristo narrado por Juan, su discípulo amado! A diferencia de las crónicas vibrantes de Mateo, Marcos y Lucas, que nos presentan la vida de Jesús con una inmediatez terrenal, el Evangelio de Juan nos sumerge en una meditación teológica profunda. Leerlo es como pasar de escuchar el relato de un evento a contemplar un retrato majestuoso que revela el alma del personaje. Desde su monumental prólogo—“En el principio ya existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios”—, este evangelio nos eleva a una perspectiva celestial para comprender la misión terrenal del Hijo de Dios. No es simplemente una biografía; es una invitación a la fe, diseñada para que veamos más allá de los hechos y encontremos la verdad eterna que late en ellos.



El testigo íntimo

La tradición cristiana, desde sus primeros siglos, atribuye este texto al apóstol Juan, hijo de Zebedeo. Aunque el autor nunca se nombra a sí mismo, se identifica con una figura enigmática y cercana: “el discípulo a quien Jesús amaba”. Este título no sugiere favoritismo, sino una profunda intimidad y un lugar de privilegio como testigo ocular. Es la firma de alguien que no solo vio los milagros, sino que entendió su significado; alguien que no solo escuchó las enseñanzas, sino que reclinó su cabeza sobre el pecho del Maestro en la Última Cena. Ya sea el apóstol Juan o un miembro de su círculo cercano que compiló sus testimonios, el evangelio emana la autoridad de una experiencia directa y una reflexión madurada por el Espíritu Santo.

Una luz en la encrucijada

Compuesto probablemente hacia finales del primer siglo (entre el 85 y el 95 d.C.), el Evangelio de Juan nace en un momento de transición y conflicto. La comunidad cristiana comenzaba a definirse como una entidad separada del judaísmo tradicional, lo que generaba



tensiones y debates teológicos. Además, empezaban a surgir las primeras corrientes de pensamiento (como el gnosticismo incipiente) que cuestionaban la plena humanidad o la plena divinidad de Jesús. En este crisol de ideas, Juan escribe con una claridad y una urgencia pastoral. Su evangelio es un faro que busca afirmar, sin lugar a dudas, que Jesús es el Mesías judío prometido y, a la vez, el Verbo divino hecho carne, el único camino al Padre.

Para que crean y tengan vida

El propio autor nos declara su intención con una precisión admirable en Juan 20:31: “Pero estas se han escrito para que ustedes crean que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que al creer, tengan vida en su nombre”. Este es el corazón de su obra. El propósito es doble:

1. *Evangelístico*: Convencer al lector de la verdadera identidad de Jesús como el Mesías (Cristo) y el divino Hijo de Dios.



2. *Pastoral*: Asegurar que esta fe no sea un mero asentimiento intelectual, sino una confianza transformadora que conduce a la “vida eterna”, un concepto que en Juan significa no solo una existencia futura, sino una calidad de vida en comunión con Dios que comienza aquí y ahora.

De la señal a la gloria

El evangelio está magistralmente estructurado en dos grandes mitades, precedidas por un prólogo y seguidas por un epílogo:

1. *El ministerio público de Jesús (1-12)*: Se articula en torno a siete “señales” o milagros (desde convertir el agua en vino hasta la resurrección de Lázaro) que no son meros actos de poder, sino ventanas a su identidad divina. Intercalados con estas señales se encuentran los grandes discursos y los siete majestuosos “Yo Soy” (“Yo soy el pan de vida”, “Yo soy la luz del mundo”, etc.), que revelan su naturaleza y misión.



2. *El ministerio privado de Jesús (13-20)*: En esta sesión Juan se enfoca más en los momentos de intimidad de Jesús con sus discípulos. Aquí, Su “gloria” no se revela en milagros públicos, sino en el acto supremo de amor y servicio: el lavatorio de los pies, sus discursos de despedida, su oración sacerdotal y, finalmente, su crucifixión y resurrección. Para Juan, la cruz no es una derrota, sino la máxima exaltación y glorificación de Jesús, el momento en que atrae a todos hacia sí mismo.

Este evangelio, por tanto, nos invita a un viaje. Es un llamado a ver las señales, a escuchar las palabras, a contemplar la gloria y, finalmente, a responder a la pregunta que Jesús mismo hace: “¿Y ustedes, quién dicen que soy yo?”. Leer a Juan es aceptar la invitación a conocer al Dios que se hizo amigo, y a encontrar, en su palabra, la vida en su plenitud.



Todo es ganancias

Después de explorar el autor, el contexto histórico y la estructura única del cuarto evangelio, surge una pregunta fundamental: *¿para qué? ¿Cuál es el propósito último de este viaje literario y teológico? ¿Qué recompensa aguarda al lector que se sumerge en sus profundidades?*

De una fe histórica a una confianza viva

Mientras que los evangelios sinópticos establecen con hechos y genealogías que Jesús es el Mesías prometido, Juan nos invita a dar un paso más allá. El tipo de “creencia” que Juan promueve (*pisteuō* en griego) no es una simple aceptación intelectual de hechos. Es una confianza radical y activa, un abandono personal en la persona de Jesús.

Es la diferencia entre saber que un puente es seguro y cruzarlo. Juan busca llevarnos de la orilla de la información a la de la relación. En sus páginas, vemos personajes que luchan con esta misma transición: Nicodemo, que viene de noche con preguntas teóricas; la mujer samaritana, que pasa de la confrontación a la



adoración; y el ciego de nacimiento, cuya sanidad física lo conduce a una visión espiritual que los fariseos, con todo su conocimiento, no poseen. El objetivo es que el lector haga ese mismo viaje: de saber *acerca* de Cristo a *confiar en* Cristo.

Del “Sagrado Corazón” al Cristo revelado

Para depositar una confianza tan profunda, debemos saber en quién la estamos depositando. Ningún otro evangelio revela la identidad divina de Jesús con tanta majestuosidad. Juan lo hace a través de los siete monumentales discursos del “Yo Soy”:

- Yo soy el pan de vida (6:35)
- Yo soy la luz del mundo (8:12)
- Yo soy la puerta (10:9)
- Yo soy el buen pastor (10:11)
- Yo soy la resurrección y la vida (11:25)
- Yo soy el camino, la verdad y la vida (14:6)
- Yo soy la vid verdadera (15:1)



Estas no son simples metáforas poéticas. Son declaraciones de divinidad que se hacen eco del nombre de Dios revelado a Moisés en el Éxodo ("Yo Soy el que Soy"). Jesús no se presenta como alguien que muestra el camino, sino como el Camino mismo. No ofrece pan, sino que es el Pan. Estudiar a Juan es mirar fijamente el rostro de Dios en Cristo, entendiendo que Él es la respuesta definitiva a las necesidades más profundas del ser humano.

De la promesa a la realidad activa

Quizás el regalo más revolucionario que presenta Juan es su concepción de la "vida eterna" (*zoē aiōnios*). En la mentalidad popular, esta se asocia a menudo con un "después", una existencia que comienza tras la muerte. Juan, sin embargo, la describe como una calidad de vida que se recibe en el presente.

La vida eterna es la vida del mismo Dios—su vitalidad, su propósito, su gozo—implantada en el creyente en el momento en que confía en Jesús. Es una realidad que se experimenta ahora. Cuando Jesús dice: "el que cree en



mí, tiene vida eterna” (Juan 6:47), usa un tiempo verbal presente. Es una posesión actual, no una herencia futura. Este entendimiento cambia todo: el propósito de la fe no es solo “ir al cielo”, sino traer la vida del cielo a nuestra experiencia diaria.

De la esperanza a la certeza

Finalmente, este evangelio nos introduce en un nivel de intimidad con Dios que resulta asombroso. Conceptos como ser “amigos” de Dios (15:15), permanecer en Él como la rama en la vid (15:4), y ser guiados por el Espíritu Santo, el Consolador (14:26), son centrales en el discurso de Juan.

El resultado de esta intimidad es una profunda seguridad. Jesús afirma: “Yo les doy vida eterna, y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano” (10:28). Estudiar a Juan es, por tanto, un antídoto contra la ansiedad espiritual. Nos enseña que nuestra relación con Dios no depende de nuestro esfuerzo fluctuante, sino de la obra terminada y el poder sustentador de Cristo.



En resumen, el gran provecho de sumergirse en el Evangelio de Juan es nada menos que una invitación a una fe que lo cambia todo. No es un ejercicio académico, sino un encuentro transformador. Es ser conducido por la mano del discípulo amado para ver lo que él vio: que, en Jesús de Nazaret, el verbo se hizo carne, y en Él encontramos no solo la verdad sobre Dios, sino la vida misma.

Más allá de letra

Comprender que el propósito de Juan es llevarnos a una fe viva en Cristo es solo el primer paso. El verdadero desafío y la mayor bendición radican en convertir este texto sagrado en una herramienta activa y transformadora. El Cuarto Evangelio no fue diseñado para permanecer en el estante de una biblioteca teológica; fue escrito para ser meditado en el corazón, discutido en comunidad y vivido en el día a día.

Su riqueza y profundidad lo convierten en un recurso increíblemente versátil, adaptable a múltiples facetas de la vida cristiana. A continuación, exploramos diversas



maneras de utilizarlo para nuestro crecimiento espiritual y el de quienes nos rodean.

La devoción personal

La naturaleza meditativa de Juan lo hace ideal para la devoción personal. A diferencia de un estudio puramente académico, el objetivo aquí es encontrarse con Jesús a través de sus páginas:

1. *Lectura sencilla*: Este método antiguo es perfecto para Juan. Consiste en leer un pasaje lentamente varias veces, meditar en una palabra o frase que resuena, orar a partir de esa reflexión y, finalmente, descansar en la presencia de Dios. Escenas como el diálogo con la mujer samaritana (Juan 4) o las enseñanzas sobre la vid y los pámpanos (Juan 15) cobran una nueva vida con esta práctica.
2. *Diario de reflexión sobre los “Yo Soy”*: Dedicar una semana a cada una de las siete declaraciones “Yo Soy” de Jesús. Leer el pasaje, medita en lo que



significa que Él sea “el Pan de Vida” o “la Luz del Mundo” para ti personalmente, y escribe tus pensamientos, oraciones y luchas en un diario.

3. *Oración a través de las escenas:* Elige un milagro o una conversación. Léela e imagínate allí. ¿Qué ves? ¿Qué hueles? ¿Qué sientes? ¿Qué le dirías a Jesús si fueras el ciego de nacimiento (Juan 9) o Marta lamentando la muerte de su hermano (Juan 11)? Convierte la narrativa en una conversación personal con Dios.

En el contexto familiar

El Evangelio de Juan ofrece un lenguaje sencillo con verdades profundas, haciéndolo accesible para diferentes edades si se aborda correctamente:

1. *Lectura nocturna de capítulos:* Establece la costumbre de leer un capítulo o un fragmento en voz alta después de la cena. La narrativa poderosa de Juan puede capturar la imaginación de niños y adultos por igual.



2. *Enfoque en los “Signos”*: Para los más pequeños, los milagros (que Juan llama “signos”) son historias fascinantes. Narra la conversión del agua en vino o la alimentación de los cinco mil, y luego haz preguntas sencillas: “¿Qué nos muestra esta historia sobre quién es Jesús?” o “¿Cómo demostró Jesús su amor y poder aquí?”.

3. *Memorización de versículos clave*: Versículos como Juan 3:16, Juan 14:6 (“Yo soy el camino, la verdad y la vida”) o Juan 11:25 (“Yo soy la resurrección y la vida”) son pilares de la fe. Aprenderlos en familia crea un ancla espiritual compartida.

En la comunidad de fe

Cuando se estudia en conjunto, el Evangelio de Juan tiene el poder de unificar y edificar a la iglesia local.

1. *Grupos pequeños*: Juan es el libro por excelencia para grupos pequeños. Su enfoque en las



conversaciones de Jesús fomenta la discusión y la aplicación personal. Un estudio sobre los diferentes personajes que se encontraron con Jesús (Nicodemo, la mujer adúltera, Tomás) puede generar debates increíblemente ricos y vulnerables.

2. *Estudios bíblicos:* Para un estudio más profundo, las clases pueden explorar los grandes temas teológicos de Juan: la divinidad de Cristo (Cristología), el dualismo (luz vs. tinieblas, vida vs. muerte), y el rol del Espíritu Santo (el Paráclito).
3. *Plan de lectura congregacional:* Invitar a toda la iglesia a leer el Evangelio de Juan durante un período específico puede crear un poderoso sentido de unidad y un lenguaje espiritual común en la congregación.

En el ministerio pastoral

Para pastores y maestros, el Evangelio de Juan es una mina de oro para la predicación y la enseñanza



expositiva. Este evangelio se presta para series temáticas muy poderosas:

1. *Los siete signos*: Una serie que explora cada milagro y lo que revela sobre la identidad y misión de Jesús.
2. *Encuentros con Jesús*: Una serie enfocada en las transformadoras conversaciones personales que Jesús tuvo.
3. *Yo Soy: Descubriendo la Identidad de Cristo*: Una serie dedicada a desempacar cada una de las siete grandes declaraciones de Jesús.
4. *El discurso del Aposento Alto (Juan 13-17)*: Una serie íntima sobre las últimas enseñanzas de Jesús a sus discípulos, ideal para profundizar en temas de amor, obediencia y la venida del Espíritu Santo.
5. *Material de discipulado*: El camino de los discípulos en Juan —desde su llamado inicial hasta su confusión y su restauración final (como Pedro en Juan 21)— es un modelo excelente para la formación de nuevos creyentes.



6. *Evangelismo*: El propósito explícito del libro (Juan 20:31) lo convierte en la herramienta evangelística perfecta. Recomendar a alguien que busca la verdad que lea el Evangelio de Juan es invitarlo a un encuentro directo con la persona de Jesús.

En fin, el Evangelio de Juan es mucho más que un relato histórico. Es un manual de fe, una guía de oración, un libro de texto teológico y una carta de amor de Dios al mundo. Al integrarlo activamente en todas las áreas de nuestra vida, no solo honramos la intención de su autor, sino que abrimos la puerta para que su promesa se cumpla en nosotros: ***creer para, verdaderamente, tener vida en Su nombre (Jesús).***



Juan 1

¡Qué alegría abrir la Palabra de Dios! Hoy vamos a explorar uno de los pasajes más majestuosos de toda la Biblia: el primer capítulo del Evangelio de Juan. A diferencia de los otros evangelios, Juan no comienza con el pesebre en Belén, sino en la eternidad. Nos lleva al “detrás de cámaras” del universo para presentarnos a la persona más importante que jamás haya existido: Jesús.

Este capítulo es como el gran vestíbulo de una catedral. Antes de explorar cada rincón, el arquitecto (en este caso, el apóstol Juan) nos muestra la gloria del diseño completo y nos presenta al personaje central de la historia. La invitación para nosotros hoy es la misma que recibieron los primeros discípulos: “Venid y veréis” (1:39). Para entenderlo mejor, dividamos este capítulo en tres grandes escenas.



Escena 1: El verbo eterno se hace hombre
(vv. 1-18)

Imaginen que estamos en un lugar completamente oscuro y silencioso, antes de que existiera nada. Ahí, en esa eternidad, Juan nos dice que ya existía “el Verbo”.

¿Quién es el Verbo? Es Jesús mismo. Juan lo llama “el Verbo” (en griego, *Logos*), que significa la Palabra, la Expresión perfecta de Dios. Así como nuestras palabras revelan lo que pensamos y sentimos, Jesús revela perfectamente quién es Dios:

- *Él es eterno*: “En el principio era el Verbo” (v. 1). No tuvo un comienzo.
- *Él es Dios*: “y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios” (v. 1). ¡Qué misterio tan maravilloso! Es distinto a Dios Padre, pero al mismo tiempo es Dios en esencia.
- *Él es el creador*: “Todas las cosas por él fueron hechas” (v. 3). Cada estrella, cada árbol, cada uno de nosotros, fuimos creados a través de Él.



- *La luz del mundo:* En este mundo, a menudo experimentamos oscuridad: tristeza, confusión, miedo. Juan nos presenta a Jesús como la “luz de los hombres” (v. 4), una luz que las tinieblas no pueden apagar. ¡Qué promesa tan esperanzadora!
- *El mayor milagro:* El clímax de esta sección es el versículo 14: “Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros”. El Dios eterno y creador del universo se hizo un ser humano. Se vistió de nuestra piel, sintió nuestras alegrías y dolores, y caminó entre nosotros. La palabra “habitó” significa literalmente “acampó” o “puso su tabernáculo”. Así como Dios habitó en medio de su pueblo en el Antiguo Testamento, ahora Jesús, el Dios-Hombre, vino a vivir con nosotros.

Tomemos un momento para pensar en esto. El creador del universo se hizo pequeño para acercarse a nosotros. ¡Ese es el tamaño de su amor! Démosle gracias por haber venido a nuestro mundo.



Escena 2: El testigo que prepara el camino
(vv. 19-34)

Ahora la escena cambia. De la eternidad, pasamos a las orillas del río Jordán, donde un hombre peculiar llamado Juan el Bautista estaba llamando a todos al arrepentimiento. Muchos venían a él para ser bautizados. Entonces, los líderes religiosos le preguntaron si él era el Cristo, Juan respondió con claridad: “Yo no soy el Cristo” (v. 20). Él sabía que su propósito no era recibir la gloria, sino ser una flecha que apuntara a alguien más grande.

Pero, ver a Jesús exclamó: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!” (v. 29). Para el pueblo judío, esta imagen era muy poderosa. Les recordaba al cordero de la Pascua, cuya sangre los protegió de la muerte en Egipto. Juan estaba anunciando que Jesús era el sacrificio definitivo. Él no solo cubre el pecado, ¡lo quita por completo!

Meditemos en esta frase: “El Cordero de Dios que quita el pecado del mundo”. Jesús cargó con nuestros errores, nuestra desobediencia y nuestro dolor para darnos



perdón y libertad. Cantemos una canción o leamos un salmo que hable del perdón de Dios (Salmo 103:1-3).

Escena 3: La invitación personal y contagiosa (vv. 35-51)

La escena final es la más íntima. El testimonio de Juan el Bautista provoca una reacción en cadena. Dos de sus discípulos escuchan y deciden seguir a Jesús.

“¿Qué buscáis?” Esta es la primera pregunta que Jesús hace en el Evangelio de Juan. Es una pregunta profunda que nos hace a nosotros también hoy. ¿Qué buscamos en la vida? ¿Éxito, felicidad, paz? Jesús nos muestra que la respuesta a todas nuestras búsquedas se encuentra en Él.

“Venid y ved”: Jesús no les da un sermón ni una lista de reglas. Les hace una invitación personal y sencilla. La fe no se trata de tener todas las respuestas, sino de aceptar la invitación de Jesús para caminar con Él y conocerlo por experiencia propia.



Andrés, uno de esos primeros discípulos, se emociona tanto que corre a buscar a su hermano, Simón Pedro, y le dice: “Hemos hallado al Mesías” (v. 41). Luego, Felipe encuentra a Natanael. Vemos un patrón hermoso: el que encuentra a Jesús, no puede evitar compartir las buenas noticias.

Pensemos en quién nos invitó a nosotros a “venir y ver” a Jesús. Demos gracias por esa persona. Y ahora, preguntémonos: ¿A quién podemos invitar nosotros esta semana para que conozca el amor de Jesús?

Reflexión

1. ¿Qué fue lo que más les sorprendió o gustó de este capítulo?
2. Si tuvieras que describir a Jesús con una sola palabra de este capítulo (Verbo, Luz, Cordero...), ¿cuál elegirías y por qué?
3. ¿Cómo podemos, como familia, ser “flechas” que apunten a Jesús para otros?



Oración

Padre celestial, te damos gracias por revelarnos a tu Hijo Jesús de una manera tan increíble en este capítulo. Gracias porque el verbo se hizo carne, porque la luz brilló en nuestra oscuridad y porque el cordero quitó nuestro pecado. Ayúdanos a seguirte cada día y a compartir tu amor con todos los que nos rodean. En el nombre de Jesús, Amén.



Notas



Juan 2

¡Familia, qué bueno es continuar este viaje juntos! En el capítulo anterior, Juan nos presentó a Jesús con títulos majestuosos: el Verbo eterno, la Luz del mundo, el Cordero de Dios y el Rey de Israel. Ahora, en el capítulo dos, pasamos de las palabras a los hechos. Veremos a Jesús realizar su primera “señal” y demostrar su autoridad de una manera que dejó a todos asombrados. Este es el momento en que la gloria de Dios, escondida en carne y hueso, comienza a brillar para que todos la vean.

Este capítulo se divide claramente en dos grandes eventos que, aunque parecen muy diferentes, nos enseñan algo fundamental sobre quién es Jesús y a qué ha venido.



La boda en Caná: la gloria en la vida cotidiana **(vv. 1-12)**

La primera vez que Jesús muestra su poder milagroso no es en un gran escenario religioso, sino en la celebración más humana y alegre: una boda. ¡Qué detalle tan hermoso! Jesús y sus discípulos son invitados a una fiesta en un pueblo llamado Caná.

Durante la celebración, ocurre una pequeña crisis que para esa cultura era una gran vergüenza social: se acaba el vino. María, la madre de Jesús, llena de confianza, se acerca a Él. Aunque la respuesta de Jesús parece un poco distante al principio (“Mujer, ¿qué tienes conmigo? Aún no ha venido mi hora”), María sabe en quién ha depositado su fe. Con una instrucción llena de sabiduría, les dice a los sirvientes: “Haced todo lo que Él os dijere”.

Jesús entonces les pide que llenen de agua seis tinajas de piedra, de las que se usaban para la purificación ceremonial judía. Eran enormes, ¡contenían casi 100 litros cada una! Los sirvientes obedecen sin cuestionar. Luego, Jesús simplemente les dice que saquen un poco y se lo lleven al encargado de la fiesta. Al probarlo, el



encargado queda maravillado. ¡El agua se había convertido en el mejor vino que había probado! No sabía de dónde venía, pero los sirvientes sí.

Juan nos dice que este fue el “principio de señales” que hizo Jesús, y con ello “manifestó su gloria; y sus discípulos creyeron en Él”. Este milagro no fue solo para salvar una fiesta, sino para mostrar que Jesús trae una alegría y una abundancia que el mundo no puede ofrecer. Él transforma lo ordinario (agua) en algo extraordinario (vino excelente), y lo hace en abundancia.

***El templo en Jerusalén: la gloria en la casa de
Dios
(vv. 13-25)***

Después de la alegría de la boda, la escena cambia drásticamente. Jesús sube a Jerusalén para la Pascua y entra en el Templo, el lugar más sagrado para los judíos. Pero en lugar de encontrar un ambiente de oración y adoración, lo que ve lo llena de indignación. El atrio del Templo se había convertido en un mercado ruidoso y



deshonesto, donde los cambistas y los vendedores de animales se aprovechaban de los peregrinos.

Movido por un celo santo, Jesús hace un látigo de cuerdas y expulsa a los mercaderes y a los animales, volcando sus mesas y esparciendo sus monedas por el suelo. Su voz resuena con autoridad divina: “¡Quitad de aquí esto, y no hagáis de la casa de mi Padre casa de mercado!”. Los discípulos, al ver esto, recordaron una profecía del Antiguo Testamento que decía: “El celo de tu casa me consume”.

Los líderes religiosos, molestos, le exigen una señal que justifique su autoridad. La respuesta de Jesús es enigmática y profunda: “Destruid este templo, y en tres días lo levantaré”. Ellos pensaron que hablaba del imponente edificio de piedra que tardó 46 años en construirse. Pero Juan nos aclara que “Él hablaba del templo de su cuerpo”. Estaba profetizando su propia muerte y resurrección, la señal definitiva de su autoridad sobre todo.



Reflexión

1. ¿Qué nos está pidiendo Dios hacer que no entendemos del todo?
2. ¿En qué área “común” de nuestra vida familiar necesitamos invitar a Jesús para que Él la transforme y traiga su alegría?
3. ¿Qué cosas podríamos necesitar quitar para que nuestro hogar sea verdaderamente una “casa de oración”?

Oración

Señor Jesús, gracias por preocuparte tanto por nuestra alegría como por nuestra santidad. Ayúdanos a confiar en ti y a obedecerte, incluso cuando no entendemos. Limpia nuestros corazones y nuestro hogar de todo lo que no te agrada, para que seamos un lugar donde Tu presencia habite con gozo. Amén.



Notas



Juan 3

¡Hola, familia! Qué bendición sentarnos una vez más alrededor de la Palabra. Si en el capítulo anterior vimos a Jesús actuar con autoridad en público, tanto en una fiesta como en el Templo, ahora Juan nos invita a una conversación privada, casi secreta, bajo el manto de la noche. Pero lo que se dijo en esa oscuridad estaba destinado a traer la luz más brillante a todo el mundo.

Este capítulo nos muestra dos conversaciones cruciales. La primera, entre Jesús y un líder religioso muy importante. La segunda, el testimonio final del increíblemente humilde Juan el Bautista. Ambas nos apuntan a la misma verdad: la necesidad absoluta de Jesús.



Un encuentro secreto con el Maestro
(vv. 1-21)

Imaginemos la escena: Nicodemo, un fariseo, un hombre importante del sanedrín, se acerca a Jesús de noche. Probablemente tenía miedo de ser visto con este nuevo profeta que estaba causando tanto revuelo. Viene con respeto, reconociendo que Jesús es un “maestro venido de Dios”, pero viene con la mente llena de reglas, tradiciones y conocimiento humano.

Jesús, como siempre, va directo al corazón del asunto. No le habla de leyes ni de rituales, sino de una necesidad fundamental: “De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios”.

Nicodemo se queda perplejo. Piensa de forma literal y terrenal: “¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo?”. Pero Jesús está hablando de una transformación espiritual tan radical que es como volver a nacer. No es algo que podamos hacer por nosotros mismos; es una obra del Espíritu Santo. Es nacer “del agua” (que simboliza la limpieza y el arrepentimiento) y “del Espíritu” (la vida nueva que solo Dios puede dar).



Y entonces, en medio de esta explicación, Jesús pronuncia las palabras que encapsulan todo el evangelio, quizás el versículo más conocido de toda la Biblia: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”. (Juan 3:16)

Jesús le explica a Nicodemo que el plan de Dios no es de condenación, sino de rescate. La gente se condena a sí misma al preferir la oscuridad del pecado en lugar de venir a la luz de Cristo, que expone la verdad, pero también ofrece sanidad y salvación.

La humildad del amigo del novio **(vv. 22-36)**

La escena cambia. Ahora vemos a Jesús y a sus discípulos bautizando, y no muy lejos, a Juan el Bautista haciendo lo mismo. Los discípulos de Juan se preocupan al ver que la popularidad de su maestro disminuye mientras que la de Jesús aumenta. Se acercan a él con celos y preocupación.



La respuesta de Juan es una de las demostraciones de humildad más hermosas de la Biblia. Él entiende perfectamente su papel. No se siente amenazado, sino gozoso. Utiliza una metáfora preciosa: la de una boda. Él no es el novio; el novio es Cristo. Él es simplemente el “amigo del novio”, cuya única función es preparar el camino y alegrarse inmensamente cuando escucha la voz del protagonista. Y entonces pronuncia otra frase que debería ser el lema de todo cristiano: “Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe”. (Juan 3:30)

Juan termina su ministerio testificando una vez más que la salvación eterna se encuentra únicamente en creer en el Hijo de Dios. Rechazar al Hijo es rechazar la vida misma.

Reflexión

1. ¿Hay alguna verdad de Dios que nos cuesta entender o aceptar en nuestra vida diaria?
2. ¿Cómo cambiaría nuestro día (nuestras preocupaciones, nuestras reacciones, nuestro trato a



los demás) si recordáramos a cada momento que el amor de Dios fue tan grande que entregó a su Hijo por nosotros?

3. ¿En qué área de nuestra vida (trabajo, estudios, familia, decisiones, anhelos) necesitamos que nuestro “yo” se haga más pequeño para que Jesús pueda ser más grande y visible?

Oración

“Padre celestial, gracias porque tu plan no era condenarnos, sino rescatarnos a través de tu Hijo Jesús. Ayúdanos a nunca dar por sentado este regalo. Ayúdanos a amar la luz y a caminar en tu verdad, sin miedo a que nuestras vidas sean examinadas por ti. Queremos que todo lo que hacemos te honre. Danos un corazón humilde que se alegre al verte crecer en nosotros y en los demás. Que nuestro mayor gozo sea escuchar tu voz y saber que Tú eres el protagonista. Que Tú crezcas, y que nosotros mengüemos. Amén”.



Notas



Juan 4

¡Hola familia! ¿Listos para continuar? En el capítulo anterior, tuvimos una conversación teológica profunda en la intimidad de la noche con Nicodemo. Ahora, en el capítulo 4, Jesús nos lleva a plena luz del día, al calor del mediodía, para tener dos encuentros que no podrían ser más diferentes, pero que revelan la misma verdad: el amor de Jesús no tiene límites ni prejuicios.

Este capítulo nos enseña que el mensaje de salvación no es para un grupo exclusivo, sino para todo aquel que tenga sed y para todo aquel que se atreva a creer, sin importar su origen, su pasado o la distancia que lo separe.

La mujer en el pozo

(vv. 1-42)

La primera escena es revolucionaria. Jesús decide tomar una ruta que los judíos respetables evitaban: a través de



Samaria. Los judíos y los samaritanos se despreciaban mutuamente por razones históricas y religiosas. Y allí, cansado y sediento, se sienta junto al pozo de Jacob y hace algo impensable: le pide agua a una mujer samaritana. Esto rompía tres barreras culturales de un solo golpe:

- Un hombre hablando con una mujer desconocida en público.
- Un judío hablando con una samaritana.
- Un maestro pidiendo algo a una mujer con una reputación dudosa (como Jesús pronto revelaría).

La conversación que sigue es una obra maestra de cómo Jesús nos encuentra donde estamos para llevarnos a donde necesitamos estar:

1. *De agua física a agua viva*: La mujer piensa en H₂O; Jesús le habla del “agua viva”, una fuente inagotable que salta para vida eterna. Le está ofreciendo la satisfacción espiritual que el alma de ella anhelaba desesperadamente.



2. *De la religión a la relación:* Ella intenta desviar la conversación hacia un debate religioso (¿dónde se debe adorar, en Jerusalén o en el monte Gerizim?), pero Jesús la lleva al corazón del asunto: la verdadera adoración no se trata de un lugar, sino de una actitud. Es adorar al Padre “*en espíritu y en verdad*”.
3. *De la vergüenza al testimonio:* Jesús, con amor y sin condenación, le muestra que conoce su vida rota (sus cinco maridos y el hombre con el que vivía). Al ser vista y amada en lugar de juzgada, esta mujer se convierte en la primera evangelista de Samaria. Deja su cántaro (símbolo de su antigua sed) y corre a la ciudad a proclamar: “¡Vengan a ver a un hombre que me dijo todo lo que he hecho! ¿No será este el Cristo?”.

El resultado es asombroso: todo un pueblo samaritano cree en Jesús, primero por el testimonio de la mujer, y luego por escucharlo ellos mismos, declarándolo “el Salvador del mundo”.



El hijo del oficial del rey
(vv. 43-54)

Después de este increíble tiempo en Samaria, Jesús regresa a Galilea, a Caná, el lugar de su primera señal. Allí se le acerca un oficial de la corte del rey Herodes, un hombre importante y probablemente no muy religioso, pero desesperado porque su hijo está a punto de morir en otra ciudad, Capernaúm.

Este hombre le ruega a Jesús que vaya y sane a su hijo. La respuesta inicial de Jesús parece dura: “Si no ven señales y prodigios, ustedes nunca creerán”. Pero el padre no se da por vencido; su fe es la de un padre desesperado: “Señor, baja antes de que mi hijo muera”.

Entonces Jesús le da una palabra que lo cambia todo: “Vuelve a casa, que tu hijo vive”. Y aquí vemos un tipo de fe diferente. El oficial no necesita ver a Jesús tocar a su hijo. No necesita una prueba visual. Simplemente creyó en la palabra que Jesús le dijo y emprendió el camino de regreso a casa.



En el camino, sus siervos le confirman que su hijo se recuperó justo a la hora en que Jesús había pronunciado esas palabras. Este milagro, realizado a kilómetros de distancia, no solo salvó al niño, sino que llevó a la fe al oficial y a toda su casa.

Reflexión

1. ¿Qué cosas buscamos nosotros para sentirnos satisfechos o felices? ¿Cómo podemos buscar más a menudo esa “agua viva” que solo Jesús ofrece?
2. ¿Quiénes podrían ser los “samaritanos” en nuestro mundo de hoy? ¿Hay “barreras” (prejuicios, miedos) en nuestro corazón que nos impiden hablar del amor de Dios a ciertas personas?
3. La mujer dejó su cántaro y corrió a su pueblo a contar lo que Jesús había hecho. Su testimonio personal fue muy poderoso. Si tuvieras que contarle a alguien lo que Jesús ha hecho por ti, ¿qué le dirías?
4. ¿Nos es fácil confiar en las promesas de Dios aunque no veamos una respuesta inmediata? ¿Qué nos ayuda a fortalecer nuestra fe cuando las cosas son difíciles?



Oración

Padre Celestial, gracias porque no te detienes ante las barreras que nosotros construimos. Gracias por acercarte a nosotros conociendo nuestro pasado, pero ofreciéndonos un futuro lleno de “agua viva”.

Señor, perdónanos por las veces que hemos juzgado a otros o nos hemos sentido superiores. Ayúdanos a ver a cada persona con tus ojos de compasión. Danos la fe del oficial real: una fe que confía en tu palabra por encima de lo que vemos, una fe que sabe que tu poder no tiene límites ni distancia.

Te pedimos que nos des la valentía de la mujer samaritana para compartir con otros la esperanza que hemos encontrado en ti. Que nuestras vidas sean un testimonio que lleve a otros a decir: “Realmente este es el Salvador del mundo”. Amén.



Notas



Juan 5

¡Hola familia! ¡Qué alegría seguir este viaje juntos! Después de ver a Jesús romper barreras sociales en Samaria y demostrar su poder a distancia con el hijo del oficial del rey, ahora regresamos a Jerusalén, el epicentro religioso. Y es aquí donde la confrontación se vuelve directa.

Si antes la controversia era un murmullo, en el capítulo 5 se convierte en un grito. Jesús no solo realiza un milagro asombroso, sino que lo usa como plataforma para declarar, sin lugar a dudas, quién es Él. Prepárense, porque este capítulo trata sobre la ****autoridad****: la autoridad para sanar, para perdonar, para juzgar y para dar vida.



Una sanidad que desata la controversia
(vv. 1-15)

La escena nos sitúa en un lugar de profunda desesperanza en Jerusalén: el estanque de Betesda. La Biblia lo describe como un lugar con cinco pórticos, lleno de personas enfermas, ciegas, cojas y parálíticas. Todos esperaban un milagro basado en una superstición: que un ángel agitara el agua y el primero en entrar sería sanado. Era la imagen de una fe pasiva y una esperanza frágil.

En medio de esa multitud, Jesús se enfoca en un solo hombre. Un hombre que llevaba 38 años parálítico. ¡Imaginen una vida entera definida por la incapacidad! Jesús se acerca y le hace una pregunta que parece obvia, pero que es increíblemente profunda: “¿Quieres ser sano?”. No le pregunta si cree en el ángel o si ha hecho méritos; va directo al corazón de su deseo.

El hombre ni siquiera responde “sí”. En su lugar, da una excusa: “No tengo a nadie que me meta en el estanque”. Su esperanza no estaba en Dios, sino en el método. Jesús rompe por completo con esa lógica. Con una simple



orden llena de poder, le dice: “Levántate, toma tu lecho, y anda”. Y al instante, el hombre fue sanado.

Pero aquí empieza el problema: era día de reposo (el Sabbat). Cuando los líderes judíos lo ven cargando su camilla, no se alegran por su sanidad milagrosa. Al contrario, lo acusan de violar la ley. Su preocupación no era la persona, sino la regla. Esto nos muestra un corazón endurecido que había convertido la bendición del descanso en una carga legalista.

El juicio de los hombres y el testimonio de Dios (vv. 16-47)

Cuando los líderes descubren que fue Jesús quien lo sanó y le ordenó llevar su lecho, la persecución se intensifica. Pero la respuesta de Jesús echa más leña al fuego. Él dice: “Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo”. Esta frase fue una bomba para ellos, porque no solo justificó su acción en el día de reposo, sino que se llamó a sí mismo igual a Dios, al llamar a Dios “Mi Padre” de una manera única y personal.



A partir de aquí, Jesús da uno de los discursos más importantes sobre su identidad y autoridad. No pide que le crean a ciegas, sino que presenta una defensa irrefutable, presentando cuatro testigos clave que dan testimonio de quién es Él:

1. *Juan el Bautista*: Les recuerda que ellos mismos enviaron a preguntarle a Juan, y él, a quien consideraban un profeta, dio testimonio claro de que Jesús era el Mesías.
2. *Sus propias obras*: Los milagros, como la sanidad que acababan de presenciar, no eran simples actos de poder, sino señales que testificaban que el Padre lo había enviado. Las obras gritaban la verdad.
3. *El Padre mismo*: Jesús afirma que el Padre ha dado testimonio de Él, una voz divina que confirma su misión (como en su bautismo) y que ellos, en su dureza de corazón, no han podido escuchar.
4. *Las Escrituras*: Este es el punto más fuerte contra ellos. Les dice: “Ustedes escudriñan las Escrituras porque les parece que en ellas tienen



la vida eterna; ¡y ellas son las que dan testimonio de mí!”. Qué trágica ironía: los expertos en la Biblia tenían el libro que apuntaba directamente a Jesús, pero cuando lo tuvieron frente a ellos, lo rechazaron. Amaban el mapa, pero no querían llegar al tesoro.

Jesús concluye exponiendo su incredulidad: no buscaban la gloria de Dios, sino la gloria de los hombres, y por eso eran incapaces de creer.

Reflexión

1. ¿Hay algún área en tu vida donde necesites escuchar a Jesús hacerte esa misma pregunta hoy?
2. ¿En qué momentos podemos caer en el riesgo de preocuparnos más por “hacer las cosas bien” en la iglesia o en nuestra vida cristiana, que por amar y mostrar misericordia a las personas?
3. Jesús se declaró igual a Dios. ¿Qué significa eso para nosotros en la práctica? ¿Cómo cambia la forma en que le oramos, le obedecemos y confiamos en Él el



saber que tiene la misma autoridad y poder que Dios Padre?

4. De los cuatro testigos que Jesús presentó (Juan, sus milagros, el Padre y las Escrituras), ¿cuál te resulta más convincente o te ayuda más a fortalecer tu fe en Él? ¿Por qué?
5. ¿Cuál es la diferencia fundamental entre leer para adquirir más conocimiento y leer para conocer más a Jesús? ¿Cómo podemos asegurarnos de que, cuando leemos la Biblia, lo hacemos para encontrarnos con Jesús y no solo para acumular conocimiento o cumplir con un deber?

Oración

Padre Celestial, te damos gracias por este capítulo que nos revela la increíble autoridad y divinidad de tu Hijo, Jesús. Gracias porque Él no nos ve como un caso perdido en medio de la multitud, sino que se acerca a nosotros personalmente y nos pregunta si queremos ser sanados.

Señor, perdónanos por las veces que nos hemos aferrado más a nuestras tradiciones y reglas que a Tu corazón de



amor y compasión. Ayúdanos a celebrar siempre Tu obra en la vida de los demás. Te pedimos que nos digas “Levántate y anda” en esas áreas de nuestra vida donde estamos paralizados por el pecado, el miedo o la desesperanza. Danos la fe para obedecerte al instante.

Abre nuestros oídos para escuchar Tu testimonio y nuestros ojos para ver a Jesús en cada página de Tu Palabra. Que no seamos solo estudiosos de la Biblia, sino verdaderos seguidores de Cristo. Queremos venir a Ti para tener vida verdadera. En el nombre poderoso de Jesús, Amén.



Notas



Juan 6

¡Hola de nuevo, familia! El capítulo 5 nos dejó en medio de una confrontación directa con los líderes religiosos. Ahora el capítulo 6 nos lleva a la cima de la popularidad de Jesús en Galilea... solo para mostrarnos cuán rápido una multitud puede cambiar cuando la verdad se vuelve incómoda.

Este es, sin duda, uno de los capítulos más largos y densos del evangelio. Jesús realiza uno de sus milagros más espectaculares, pero en lugar de aceptar la aclamación, la utiliza para presentar una de sus enseñanzas más difíciles y profundas. Es aquí donde se traza una línea en la arena, separando a los curiosos de los verdaderamente comprometidos. ¡Abróchense los cinturones!



Un milagro que despierta el hambre
(vv. 1-15)

La escena es idílica: Jesús, en una montaña junto al Mar de Galilea, ve a una multitud de más de cinco mil personas siguiéndolo. Están allí por las “señales” que hacía, es decir, sus milagros. Jesús, viendo su necesidad, le pregunta a Felipe cómo podrían alimentar a tanta gente. La respuesta es lógica: “¡Ni con el salario de ocho meses alcanzaría!”.

Entonces, Andrés encuentra a un niño con cinco panes de cebada y dos pescados. En manos humanas, es un almuerzo insignificante. En las manos de Jesús, se convierte en un banquete que sacia a todos y del que sobran doce canastas.

La multitud queda tan impresionada que intentan hacerlo rey por la fuerza. Han encontrado a su “profeta”, a un líder que puede solucionar sus problemas materiales. Pero Jesús, sabiendo que no han entendido el verdadero significado de la señal, se retira solo a la montaña.



Una señal de soberanía
(vv. 16-21)

Mientras tanto, los discípulos se adentran en el mar en una barca. Cae la noche y se desata una tormenta. En medio del caos y el miedo, ven a Jesús caminando sobre el agua hacia ellos. Su reacción es de terror puro, pero Él los calma con una frase cargada de poder: “Yo soy; no temáis”. Esta no es solo una forma de identificarse; es una declaración divina (la misma que Dios usa en el Antiguo Testamento) que demuestra su autoridad sobre la naturaleza y el caos. En cuanto sube a la barca, llegan a su destino. Este milagro no es para la multitud, sino para sus discípulos. Es una revelación íntima de su poder y soberanía, preparándolos para la difícil enseñanza que está por venir.

La enseñanza que desconcierta
(vv. 22-59)

Al día siguiente, la multitud busca a Jesús y lo encuentra en Capernaúm. Su saludo revela sus verdaderas intenciones: “Me buscan, no porque hayan visto las



señales, sino porque comieron el pan y se saciaron”. Los confronta por buscar el alimento que perece en lugar del que da vida eterna. Es aquí donde comienza el famoso discurso del “Pan de Vida”:

1. *Del maná a Cristo:* La gente le pide una señal como el maná que sus antepasados comieron en el desierto. Jesús corrige su teología: no fue Moisés quien dio el pan, sino Dios. Y ahora, Dios ofrece el verdadero pan del cielo.
2. *La gran declaración:* “Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás”. Jesús se presenta no como alguien que *da* el pan, sino como el pan mismo. La satisfacción espiritual completa se encuentra solo en Él.
3. *La enseñanza difícil:* El discurso se intensifica. Jesús afirma que el pan que dará es “su carne, la cual yo daré por la vida del mundo”. La gente, tomando sus palabras de forma literal y material, se escandaliza. “¿Cómo puede este darnos a comer su carne?”. Lejos de suavizarlo, Jesús lo



hace aún más explícito: “si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros”.

¿Quién puede aceptar esto?
(vv. 60-71)

La reacción es inmediata y masiva. No solo la multitud, sino muchos de sus propios discípulos murmuran: “Dura es esta palabra; ¿quién la puede oír?”. El mensaje era un filtro. La promesa de un rey que alimenta estómagos atrajo a miles, pero la llamada a una fe total y a una dependencia espiritual en su sacrificio los aleja.

Jesús, viendo que muchos se apartan y ya no andaban con él, se vuelve a los Doce y les hace una de las preguntas más conmovedoras del evangelio: “¿Queréis acaso iros también vosotros?”.

La respuesta de Pedro es un ancla de fe en medio de la confusión: “Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Santo de Dios”. Pedro no dice que lo



entiende todo, pero sabe que no hay otra opción. Fuera de Jesús, solo hay vacío.

Reflexión

1. La multitud buscaba a Jesús porque les dio pan gratis. ¿Por qué razones buscamos a Dios hoy en día? ¿Buscamos principalmente que solucione nuestros problemas temporales o buscamos en Él la satisfacción eterna?
2. Jesús se define como el “Pan de Vida”. Si el pan satisface el hambre física, ¿qué tipo de “hambre” espiritual crees que Jesús satisface en tu vida? ¿En qué áreas sientes esa hambre hoy?
3. La enseñanza de Jesús sobre “comer su carne y beber su sangre” fue muy ofensiva para sus oyentes. ¿Hay alguna enseñanza de Jesús o de la Biblia que te resulte difícil de entender o de aceptar? ¿Cómo manejas esa tensión?
4. Pedro responde: “¿A quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna”. ¿Qué significa esa frase para ti? ¿Has llegado a un punto en tu vida donde, a pesar



de las dudas, has concluido que no hay mejor lugar a donde ir que a Jesús?

5. Muchos discípulos abandonaron a Jesús en este punto. ¿Qué nos enseña esto sobre el costo de seguir a Cristo? ¿Estamos preparados para permanecer con Él incluso cuando su camino es difícil o impopular?

Oración

Señor Jesús, te damos gracias porque no solo te preocupas por nuestras necesidades físicas, sino que te ofreces a ti mismo como el verdadero Pan de Vida. Perdónanos por las veces que te buscamos solo por lo que nos puedes dar, en lugar de buscarte por quién eres. Ayúdanos a alimentarnos de ti cada día, a encontrar en ti nuestra completa satisfacción y fortaleza. Y cuando tus palabras nos parezcan difíciles de entender, danos la fe de Pedro para aferrarnos a ti, sabiendo que solo Tú tienes palabras de vida eterna. Amén.



Notas



Juan 7

¡Seguimos adelante, equipo! Si en el capítulo 6 vimos a las multitudes abandonar a Jesús por su enseñanza “dura”, en el capítulo 7 la tensión se vuelve aún más personal y peligrosa. Jesús decide ir al centro del poder religioso, Jerusalén, durante la Fiesta de los Tabernáculos. Ya no es solo un debate teológico; ahora hay amenazas de muerte en el aire.

Este capítulo nos muestra a un Jesús audaz, que enseña públicamente a pesar del peligro. Vemos la confusión y división que causa, no solo entre la gente y los líderes, sino incluso dentro de su propia familia. Es un capítulo lleno de drama, valentía y una de las invitaciones más hermosas de todo el evangelio.



La incredulidad familiar y el tiempo de Dios **(vv. 1-9)**

El capítulo comienza con una escena familiar bastante tensa. Los propios hermanos de Jesús se burlan de él, incitándolo a ir a Jerusalén para que todos vean sus milagros. Suena a una mezcla de vergüenza y desafío: “Si eres tan genial, demuéstalo en el gran escenario”. Pero Jesús opera en un horario diferente: el del Padre. Les responde: “Mi tiempo aún no ha llegado”. Nos enseña una lección poderosa sobre no ceder a la presión humana y esperar el momento perfecto de Dios.

Enseñanza pública y confrontación **(vv. 10-36)**

Jesús sube a la fiesta, pero lo hace en secreto. La ciudad entera murmura sobre él. ¿Es un hombre bueno o un engañador? A mitad de la fiesta, Jesús aparece en el templo y comienza a enseñar con una autoridad que deja a todos asombrados. Cuando le preguntan cómo sabe tanto sin haber estudiado, Él revela la fuente de su sabiduría: “Mi enseñanza no es mía, sino de aquel que me



envió”. La confrontación con los fariseos se intensifica, acusándolos de hipocresía y de querer matarlo, mientras la multitud permanece dividida y confundida sobre su verdadera identidad.

De sedientos a gozar de ríos de agua viva
(vv. 37-52)

En el último y más importante día de la fiesta, Jesús se pone de pie y clama con una voz que debió resonar en todo el templo: “¡Si alguno tiene sed, que venga a mí y beba! De aquel que cree en mí, como dice la Escritura, brotarán ríos de agua viva”. Juan nos aclara que se refería al Espíritu Santo. Esta es una invitación universal para saciar la sed más profunda del alma.

La reacción es inmediata: más división. Algunos lo aclaman como el Profeta o el Cristo, mientras otros lo descartan por ser de Galilea. Los guardias enviados para arrestarlo regresan con las manos vacías, impactados por sus palabras: “¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!”. Incluso Nicodemo intenta una tímida



defensa, pero es ridiculizado por los demás líderes, quienes están cegados por su prejuicio.

Reflexión

1. Los hermanos de Jesús lo presionaron para que actuara según la lógica del mundo. ¿Has sentido alguna vez presión (de amigos, familia o la sociedad) para hacer algo que no sentías que fuera el momento de Dios para ti? ¿Cómo podemos aprender a discernir y obedecer el “tiempo” de Dios en lugar del nuestro?
2. La multitud en Jerusalén estaba completamente dividida sobre quién era Jesús. Hoy en día, las opiniones sobre Él siguen siendo muy diversas. ¿Cómo te afecta la opinión de los demás sobre tu fe? ¿Te resulta fácil hablar de Jesús en entornos donde la gente tiene opiniones negativas o escépticas?
3. Jesús ofrece “agua viva” para calmar nuestra “sed”. ¿Qué crees que significa tener “sed espiritual” en el mundo actual? ¿Cuáles son las “fuentes” a las que la gente acude hoy para intentar saciar esa sed (éxito,



relaciones, entretenimiento, etc.)? ¿De qué manera Jesús ha sido “agua viva” en tu vida?

4. Los guardias quedaron tan impresionados que no pudieron arrestarlo, y Nicodemo intentó defenderlo, aunque tímidamente. ¿Qué se necesita para tener la valentía de defender la verdad o la justicia, incluso cuando estamos en minoría? ¿Qué podemos aprender del ejemplo de Nicodemo?

Oración

Señor, gracias por tu ejemplo de valentía al enseñar la verdad sin temor, incluso en medio del peligro. Ayúdame a vivir según tu tiempo y no bajo la presión del mundo. Te pido que me llenes con esos “ríos de agua viva” de tu Espíritu Santo, para que mi sed más profunda sea saciada solo en Ti. Dame la sabiduría para entender quién eres realmente y el coraje para defender mi fe con amor y convicción, incluso cuando sea difícil. Amén.



Notas



Juan 8

¡Hola mi gente! Si el capítulo 7 fue una escalada de tensión, el capítulo 8 es la cumbre del conflicto teológico en el ministerio público de Jesús. Aquí, las conversaciones se vuelven confrontaciones directas, y los temas centrales del evangelio —luz, verdad, vida, y la identidad de Jesús— se exponen con una claridad radical. Jesús no solo enseña, sino que desafía las bases mismas de la identidad religiosa de sus oponentes, obligándolos a elegir entre la tradición vacía y la verdad que libera. Este capítulo contiene algunas de las declaraciones más profundas y controvertidas de Jesús sobre sí mismo.

Gracia sobre juicio

(vv. 1-11)

Fariseos y escribas traen a una mujer sorprendida en adulterio. No les importa la mujer ni la ley de Moisés; su objetivo es tender una trampa a Jesús. Si la perdona, viola



la Ley; si la condena, contradice su propio mensaje de misericordia y desafía la autoridad romana para ejecutar.

En un acto de sabiduría asombrosa, Jesús se inclina y escribe en el suelo. Su famosa frase, “El que de vosotros esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra contra ella”, no anula la ley, sino que la aplica primero a los acusadores. Expone su hipocresía y los obliga a confrontar su propia pecaminosidad.

Los acusadores se van, uno por uno. Jesús se queda solo con la mujer y le ofrece una gracia radical: “Ni yo te condeno”, seguida de un llamado a la transformación: “vete, y no peques más”. Esto es el evangelio en acción: gracia que perdona y poder que transforma.

Su identidad revelada

(vv. 12-30)

Jesús inicia el discurso teológico con una de sus declaraciones “Yo soy” más icónicas: “Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida”. Esta afirmación es total y



exclusiva. No se presenta como *una* luz entre muchas, sino como la única fuente de luz espiritual capaz de disipar la oscuridad del pecado, la ignorancia y la muerte.

La confrontación con los fariseos es inmediata, pues ellos le acusan de dar testimonio de sí mismo, algo inválido según su ley. Sin embargo, Jesús eleva el debate, afirmando que su testimonio es verdadero porque no está solo; cuenta con el respaldo del Padre que lo envió. Establece una distinción clara entre el juicio terrenal y superficial de ellos y el juicio celestial y verdadero que Él representa.

La verdad que liberta

(vv. 31-47)

En esta sección, Jesús se dirige a los judíos que habían creído en Él, ofreciéndoles la clave del verdadero discipulado: *permanecer en su palabra*. La promesa que acompaña a esta permanencia es monumental: “conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres”. Esta frase desata una profunda controversia, ya que sus oyentes, orgullosos de su linaje como descendientes de



Abraham, afirman no haber sido nunca esclavos. Jesús, entonces, redefine la esclavitud en términos espirituales, declarando que todo aquel que practica el pecado, esclavo es del pecado. La verdadera libertad, por tanto, no es política o social, sino una liberación interior que solo el Hijo puede otorgar. El clímax de esta discusión llega cuando Jesús contrasta su origen divino con el de ellos, llegando a decirles: “Vosotros sois de vuestro padre el diablo”, exponiendo que sus acciones revelan su verdadera filiación espiritual.

“Yo Soy” **(vv. 48-59)**

La tensión alcanza su punto máximo cuando la discusión se centra en la identidad de Jesús en relación con Abraham, el patriarca supremo de Israel. Los líderes religiosos lo acusan de estar endemoniado y de engrandecerse a sí mismo. Jesús responde con calma, afirmando que no busca su propia gloria, sino la del Padre. Entonces, pronuncia una de las frases más impactantes de todo el Nuevo Testamento: ****"De cierto, de cierto os digo: Antes que Abraham fuese, yo soy"**.**



Con esta declaración, Jesús no solo reclama preexistir a Abraham, sino que utiliza el nombre sagrado de Dios revelado a Moisés en el Éxodo ("Yo Soy"), atribuyéndose así la divinidad y la eternidad. La reacción de sus oponentes es instantánea y violenta: toman piedras para lapidarlo, comprendiendo perfectamente la magnitud de lo que acababa de afirmar.

Reflexión

1. ¿En qué áreas de mi vida necesito que su luz brille más intensamente? ¿Existen zonas de "tinieblas" (miedo, pecado oculto, ignorancia) que me resisto a entregarle?
2. ¿Me siento verdaderamente libre en Cristo, o hay hábitos, pensamientos o pecados que todavía me esclavizan? ¿Qué significa para mí "permanecer en Su palabra" en mi día a día?
3. Los fariseos se enorgullecían de su linaje. ¿En qué baso yo mi identidad: en mi familia, mi nacionalidad, mi profesión o en ser un hijo/a de Dios a través de Jesús?



4. La palabra de Jesús fue directa y confrontadora. ¿Cómo reacciono cuando la verdad de la Escritura choca con mis propias ideas, mi comodidad o mi estilo de vida? ¿Estoy abierto/a a ser corregido por Él?

Oración

Padre celestial, te doy gracias por enviar a tu Hijo Jesús como la luz del mundo. Te pido que su luz ilumine cada rincón de mi corazón y mi mente, expulsando todo temor y toda oscuridad. Ayúdame a no solo leer tu Palabra, sino a permanecer en ella para conocer la verdad que verdaderamente me hace libre de la esclavitud del pecado.

Señor, proclamo que Jesús es el gran “Yo Soy”, eterno y divino. Perdóname por las veces que he dudado de Su poder o he basado mi seguridad en cosas pasajeras. Fortalece mi fe. Dame el valor para vivir en Su verdad, incluso cuando el mundo a mi alrededor la rechace. Amén.



Notas



Juan 9

¡Hola! ¿Cómo estás? El capítulo 9 de Juan es una clase magistral de narrativa y teología. A través de un milagro central —la curación de un hombre ciego de nacimiento—, Juan nos presenta un drama vivo que expone la diferencia crucial entre la vista física y la visión espiritual. La historia funciona como una parábola en acción: mientras un hombre que nunca ha visto la luz natural obtiene progresivamente la vista espiritual hasta adorar a Jesús, los líderes religiosos, que presumen de su conocimiento y visión, demuestran estar completamente ciegos a la verdad que tienen delante. Este capítulo es un poderoso comentario sobre la fe, el prejuicio y la naturaleza de la verdadera ceguera.

El propósito del sufrimiento y el milagro (vv. 1-12)

Al inicio del capítulo, los discípulos plantean una pregunta común en su época: “¿Quién pecó, este o sus padres, para que haya nacido ciego?”. Reflejan la creencia



de que todo sufrimiento es un castigo directo por un pecado específico. Jesús rompe radicalmente con esta idea, declarando que la ceguera del hombre no era un castigo, sino una oportunidad para que “las obras de Dios se manifestaran en él”. Con esto, Jesús transforma la conversación sobre la culpa en una sobre la gloria de Dios. El milagro en sí es peculiar: Jesús hace lodo con saliva y tierra, lo aplica a los ojos del ciego y le ordena lavarse en el estanque de Siloam. Este acto requería obediencia y fe por parte del hombre, quien, sin dudarlo, hizo lo que se le dijo y recibió la vista, desatando el asombro y el debate en su comunidad.

La investigación y la ceguera obstinada

(vv. 13-34)

La curación, realizada en sábado, provoca una investigación oficial por parte de los fariseos. Su principal preocupación no es la maravillosa restauración de un hombre, sino la aparente violación de la ley del sábado. Este legalismo los ciega al milagro evidente. Interrogan al hombre sanado, quien al principio identifica a su sanador simplemente como “el hombre que se llama Jesús”. Luego, presionan a sus padres, quienes, por miedo a ser expulsados de la sinagoga, evaden la pregunta y dirigen a los líderes de vuelta a su hijo. En un segundo



interrogatorio, el hombre sanado muestra una lógica y una valentía asombrosas. Frente a la incredulidad de los fariseos, ofrece una de las defensas más sencillas y poderosas de la fe: “Si es pecador, no lo sé; una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo”. Incapaces de refutar su testimonio y frustrados por su lógica, los fariseos lo insultan y lo expulsan, demostrando que su ceguera espiritual era más profunda que la ceguera física que el hombre había padecido.

La revelación y la verdadera visión **(vv. 35-41)**

El clímax del capítulo revela el corazón compasivo de Jesús. Al enterarse de que el hombre ha sido expulsado, Jesús lo busca deliberadamente. Este encuentro es crucial, ya que la curación física ahora da paso a la revelación espiritual completa. Jesús le pregunta directamente si cree en el Hijo del Hombre, y al revelarse a sí mismo, el hombre responde con una confesión de fe total: “Creo, Señor; y le adoró”. Ha completado su viaje: de la oscuridad física a la vista, y de la ignorancia espiritual a la adoración. Jesús concluye el capítulo con una declaración solemne que resume todo el pasaje: “Para juicio he venido yo a este mundo; para que los que no ven, vean, y los que ven, sean cegados”. Los fariseos,



al oír esto y preguntar “¿Acaso nosotros somos también ciegos?”, reciben una respuesta condenatoria que confirma que su culpa permanece precisamente porque, teniendo la capacidad de ver la verdad, eligen voluntariamente permanecer en la oscuridad.

Reflexión

1. ¿Cómo cambia mi perspectiva sobre mis propias dificultades o las de otros la afirmación de Jesús de que pueden ser una plataforma para la gloria de Dios? ¿Busco ver la mano de Dios en medio de las pruebas?
2. Los fariseos estaban tan seguros de sus interpretaciones de la ley que no pudieron reconocer un milagro de Dios. ¿En qué áreas de mi vida mis ideas preconcebidas o mis tradiciones podrían estar cegándome a lo que Dios está haciendo hoy?
3. El hombre sanado no tenía todas las respuestas teológicas, pero sabía lo que Jesús había hecho por él (“yo era ciego, y ahora veo”). ¿Me siento seguro para compartir mi propia historia de transformación, por simple que sea?
4. El entendimiento del hombre sobre Jesús crece a lo largo del capítulo (de “un hombre” a “un profeta” y finalmente al “Señor” digno de adoración). ¿Mi



conocimiento y mi relación con Jesús están creciendo activamente o se han estancado?

Oración

Señor, te doy gracias porque Jesús es la luz del mundo, Aquel que abre los ojos de los ciegos. Te pido que quites de mí toda ceguera espiritual. Perdóname por las veces que, como los fariseos, me he aferrado a mis propias ideas y he sido incapaz de ver tu obra maravillosa a mi alrededor. Ayúdame a ver el sufrimiento, no como un castigo, sino como una oportunidad para que tu gloria se manifieste. Dame la valentía y la sencillez del hombre sanado para testificar de lo que has hecho en mi vida. Abre mis ojos cada día más para que pueda verte con mayor claridad, creer en ti con más profundidad y adorarte con todo mi ser. Amén.



Notas



Juan 10

En el capítulo 10, Jesús utiliza una de las metáforas más íntimas y poderosas de toda la Biblia: la del pastor y su rebaño. Dejando atrás la confrontación directa sobre la ceguera espiritual, adopta un lenguaje pastoral para definir su relación con aquellos que le siguen. Se presenta a sí mismo no solo como el legítimo guardián de las ovejas, sino como la única puerta de acceso a la salvación y el modelo de liderazgo sacrificial. Este capítulo es un oasis de promesas y seguridad que culmina en una de las declaraciones más asombrosas de su divinidad, provocando una vez más la división entre quienes escuchan.

El buen pastor y la puerta hacia la salvación (vv. 1-10)

Jesús comienza con una parábola que todos en su audiencia agraria podían entender. Habla de un redil, donde solo el pastor entra por la puerta; los ladrones y



salteadores intentan entrar por otros lados. Las ovejas conocen la voz de su pastor y le siguen, pero huyen de la voz de los extraños. Ante la confusión de sus oyentes, Jesús se identifica a sí mismo en dos roles cruciales. Primero, Él es “la puerta”: el único camino legítimo para entrar en el redil de la salvación y la seguridad. Segundo, contrasta su propósito con el del ladrón (“robar, matar y destruir”), afirmando que Él ha venido para que sus ovejas “tengan vida, y la tengan en abundancia”.

El sacrificio del buen pastor **(vv. 11-21)**

Aquí Jesús se revela como “el buen pastor”. La diferencia fundamental entre un buen pastor y un asalariado es el compromiso. El asalariado, cuyo único interés es el pago, huye cuando ve venir al lobo, abandonando a las ovejas. El buen pastor, en cambio, tiene una relación de amor y conocimiento mutuo con su rebaño, hasta el punto de que “da su vida por las ovejas”. Este sacrificio no es un accidente, sino un acto voluntario de amor. Jesús también expande la visión de su rebaño, mencionando que tiene “otras ovejas que no son de este redil”



(refiriéndose a los gentiles), a las cuales también debe atraer para formar “un solo rebaño y un solo pastor”. Sus palabras, una vez más, dividen a la multitud entre quienes lo acusan de estar endemoniado y quienes reconocen la sabiduría y el poder en sus afirmaciones.

El buen pastor divino
(vv. 22-42)

Tiempo después, durante la Fiesta de la Dedicación en Jerusalén, los líderes judíos lo acorralan y le exigen que declare abiertamente si es el Cristo. Jesús les responde que ya se lo ha dicho y que sus obras testifican de ello, pero ellos no creen porque no son de sus ovejas. En este punto, ofrece una de las promesas de seguridad más grandes de la Escritura: “Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano”. Para reforzar esta promesa, la eleva a un nivel divino, culminando con la declaración trascendental: “Yo y el Padre uno somos”. Esta afirmación de deidad es entendida perfectamente como blasfemia por sus oponentes, quienes inmediatamente toman piedras para



matarlo. Jesús se defiende usando las Escrituras y escapa, pero el mensaje ha quedado claro: seguirlo es seguir a Dios mismo.

Reflexión

1. En un mundo lleno de ruido, distracciones y voces que compiten por mi atención, ¿cómo puedo afinar mi oído espiritual para distinguir con claridad la voz de Jesús?
2. Jesús no solo ofrece vida, sino vida “en abundancia”. ¿Qué significa para mí esa plenitud? ¿Estoy viviendo simplemente una existencia o estoy experimentando la riqueza espiritual, el propósito y la paz que Él promete?
3. El buen pastor da su vida, mientras que el asalariado huye. ¿En qué relaciones o responsabilidades (familia, trabajo, iglesia) tiendo a actuar más como un asalariado que como un pastor que cuida y se sacrifica por los demás?
4. La promesa de que “nadie nos arrebatará de su mano” es absoluta. ¿Permito que mis miedos, dudas



o fracasos me hagan cuestionar esta seguridad?
¿Cómo puedo vivir con la confianza y la paz que esta
promesa debería darme?

5. La declaración “Yo y el Padre uno somos” es el fundamento de nuestra fe. ¿Impacta esta verdad mi manera de orar, adorar y confiar en Jesús? ¿Comprendo la magnitud de seguir a alguien que es uno con Dios?

Oración

Mi buen pastor, te doy gracias porque no eres un extraño ni un asalariado, sino aquel que me conoce por mi nombre y dio su vida por mí. Ayúdame a aquietar mi alma para poder escuchar tu voz con claridad en medio del ruido del mundo. Te pido que me permitas experimentar la vida en abundancia que viniste a traer, una vida llena de tu propósito, gozo y paz. Fortalece mi fe en tu promesa de que estoy seguro en tu mano y que nada ni nadie puede separarme de tu amor. Te adoro y te reconozco como uno con el Padre, mi Señor y mi Dios. Amén.



Notas



Juan 11

Hola, qué bueno que seguimos profundizando en este camino. Hoy nos adentramos en el capítulo 11 de Juan, y es uno de esos pasajes que nos tocan el alma de una manera muy especial. Todos, en algún momento, hemos sentido la angustia de la enfermedad, el dolor de la pérdida o la frustración de sentir que la ayuda que esperábamos no llega a tiempo. Este capítulo nos abre una ventana al corazón de esa experiencia humana, pero también al corazón mismo de Jesús.

Este relato es mucho más que un milagro asombroso. Es una invitación a descubrir cómo Jesús se encuentra con nosotros en nuestro quebranto, en nuestras dudas y en nuestro duelo. Nos enseña que nuestro dolor le importa, pero también nos revela con una ternura y un poder incomparables que Él tiene la última palabra, incluso sobre aquello que más tememos: la muerte. Te invito a



que exploremos juntos, paso a paso, esta historia tan humana y, a la vez, tan divinamente esperanzadora.

El propósito divino en la espera
(vv. 1-16)

La historia comienza con una aparente contradicción: Jesús, al enterarse de la enfermedad de su amigo Lázaro, a quien “amaba”, decide deliberadamente esperar dos días más. Esta pausa, incomprensible desde una perspectiva humana, es el primer indicio de que Jesús opera bajo un tiempo y un propósito divinos. No está actuando como un simple sanador que corre a evitar una tragedia, sino como el Hijo de Dios que va a usar esa tragedia “para la gloria de Dios”. Su conversación con los discípulos sobre Lázaro “durmiendo” introduce la perspectiva celestial sobre la muerte: para Él, no es un final, sino un estado temporal del cual puede despertar a una persona.



El diálogo con la duda y la fe
(vv. 17-37)

Jesús llega a Betania y se encuentra no con un enfermo, sino con una familia rota por el luto. Los diálogos con Marta y María son un reflejo de dos tipos de fe enfrentadas al dolor.

Marta representa la fe doctrinal. Ella cree correctamente en la resurrección futura (“yo sé que resucitará en la resurrección, en el día postrero”), pero le cuesta aplicar esa verdad a su dolor presente. Es en este contexto que Jesús pronuncia una de sus declaraciones “Yo Soy” más profundas: “Yo soy la resurrección y la vida”. Él no solo *traerá* la resurrección en el futuro; Él *es* la resurrección personificada en el aquí y el ahora.

Por otra parte, María representa la fe emocional y devota. Su reacción es más visceral; se postra a los pies de Jesús y solo puede expresar su dolor con la misma frase de su hermana: “Señor, si hubieras estado aquí...”.

Al ver el dolor de María y de los que la acompañaban, Jesús “se estremeció en espíritu y se conmovió”. El texto



revela a un Salvador profundamente empático, que no es ajeno al sufrimiento humano. El versículo más corto de la Biblia, “Jesús lloró” (v. 35), es teológicamente inmenso: muestra que el Dios encarnado participa plenamente en nuestro duelo.

El poder que desata la vida
(vv. 38-44)

El clímax ocurre frente a la tumba. A pesar de la objeción práctica de Marta (“Señor, hiede ya, porque es de cuatro días”), Jesús la llama a ejercer una fe expectante: “¿No te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios?”. Después de orar al Padre, demostrando su perfecta unión y dependencia, Jesús grita con autoridad divina: “¡Lázaro, ven fuera!”.

La orden es directa, personal y llena de poder. El hombre que estaba muerto, atado y en descomposición, obedece. Sale, aún envuelto en sus vendas mortuorias, y Jesús ordena: “Desatadle, y dejadle ir”. Este acto es la “señal” definitiva: Jesús no solo sana enfermedades, sino que



revierte la muerte misma, demostrando su soberanía absoluta sobre la vida y el enemigo final.

La reacción: fe y conspiración
(vv. 45-57)

El milagro provoca una división radical. Muchos de los judíos que presenciaron el evento creyeron en Él. Sin embargo, para los líderes religiosos, esta manifestación de poder no es motivo de fe, sino una amenaza intolerable al *statu quo*. El Sanedrín se reúne, y Caifás, el sumo sacerdote, pronuncia una profecía involuntaria: “conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación perezca”. Irónicamente, al planear la muerte de Jesús para “salvar” a la nación, están cumpliendo el plan de Dios para que la muerte de Jesús trajera la salvación al mundo. La resurrección de Lázaro, el acto de vida más grande, sella la sentencia de muerte de Jesús.



Reflexión

1. ¿He sentido alguna vez que Dios tarda en responder a mis oraciones? ¿Cómo me ayuda la historia de Lázaro a reinterpretar esos tiempos de silencio o aparente inacción?
2. ¿Me identifico más con la fe doctrinal de Marta o con la fe emocional de María? ¿Cómo puedo integrar ambas para confiar en Jesús tanto con mi mente como con mi corazón en medio de las dificultades?
3. ¿Qué significa para mí que Jesús lloró ante la tumba de su amigo? ¿Cómo cambia mi imagen de Dios saber que Él se conmueve y participa en mi propio dolor?
4. ¿Hay áreas en mi vida que siento “muertas” o sin esperanza (relaciones, sueños, hábitos)? ¿Creo realmente que la voz de Jesús tiene el poder de llamar vida a esas áreas y decir “sal fuera”? ¿Qué “vendas” necesito que Él me ayude a desatar?

Oración

Padre Celestial, te doy gracias por mostrarnos en la historia de Lázaro el corazón de tu Hijo, Jesús. Gracias



porque Él no es un Dios distante, sino uno que se acerca, se conmueve y llora con nosotros en nuestro sufrimiento.

Señor, te pido perdón por las veces que mi fe ha dudado en la espera, cuando he pensado que no te importaba o que habías llegado tarde. Ayúdame a recordar que tus tiempos son perfectos y que tus propósitos siempre son para tu gloria y para nuestro bien más profundo. Hoy te presento las áreas de mi vida que se sienten sin esperanza, mis “tumbas” personales. Te pido que tu voz poderosa las llame a la vida. Declaro como Marta que Jesús es la Resurrección y la Vida. Desata todo lo que me impide caminar en la nueva vida que me ofreces. En tu nombre poderoso, Amén.



Notas



Juan 12

¡Hola! Qué alegría seguir explorando juntos el Evangelio de Juan. Hoy llegamos al capítulo 12, un capítulo que se siente como el gran preludio a la semana más importante de la historia. Es un pasaje lleno de contrastes profundos: un amor desbordado y una traición que se gesta en silencio; una multitud que aclama a un rey y un rey que habla de su propia muerte. Es la puerta de entrada a la Pasión, y cada escena nos prepara el corazón para lo que está por venir. Vamos a caminar a través de él, paso a paso.

Unción en Betania ***(vv. 1-11)***

Nuestra primera parada es en Betania, un lugar que para Jesús era sinónimo de hogar y amistad. Se celebra una cena en su honor, y la atmósfera es de una gratitud palpable. Allí está Lázaro, sentado a la mesa, un milagro



andante que todos pueden ver. Marta, con su corazón de sierva, se asegura de que todo esté en orden. En medio de esta escena, María hace algo que silencia la habitación: toma un frasco de perfume de nardo puro, increíblemente costoso, y unge los pies de Jesús, secándolos luego con sus cabellos. El aroma llena toda la casa. Este no es un acto calculado, es un derroche de amor. Es adoración en su forma más pura y humilde. María, quizás sin entenderlo del todo, está preparando a su Señor para su sepultura. En contraste, Judas Iscariote critica su gesto, disfrazando su propia codicia con una falsa preocupación por los pobres. Aquí, Juan nos dibuja la línea clara entre la devoción genuina y la hipocresía.

La entrada triunfal en Jerusalén **(vv. 12-19)**

De la intimidad de Betania, pasamos a la euforia de las multitudes en Jerusalén. La noticia de la resurrección de Lázaro se ha extendido, y la gente sale a recibir a Jesús con ramas de palma, el símbolo de la victoria y la realeza. Gritan: “¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor, el Rey de Israel!”. Están cumpliendo, sin



saberlo, la profecía de Zacarías. Buscan un rey libertador, un líder político que los salve de Roma. Pero Jesús entra de una manera inesperada: montado en un burrito, un signo de paz y humildad, no de conquista militar. La aclamación de la gente es sincera, pero sus expectativas no coinciden con la verdadera misión del Rey que aclaman. Es un momento agridulce, lleno de una gloria que el mundo no termina de comprender.

La hora ha llegado

(vv. 20-36)

Justo en el apogeo de esta aclamación popular, unos griegos se acercan a los discípulos con una petición sencilla pero profunda: “Queremos ver a Jesús”. Esta solicitud, que representa al mundo no judío, actúa como una señal para Jesús. Es entonces cuando pronuncia unas de sus palabras más solemnes: “Ha llegado la hora para que el Hijo del Hombre sea glorificado”. Pero su idea de gloria es radicalmente diferente a la del mundo. La explica con una bella metáfora: si un grano de trigo no cae en la tierra y muere, se queda solo; pero si muere, da mucho fruto. Jesús nos revela el secreto del Reino: la vida



nace de la muerte, la gloria se alcanza a través del sacrificio. En un momento de una humanidad conmovedora, admite que su alma está turbada, pero reafirma su propósito: “¡Padre, glorifica tu nombre!”. Y una voz del cielo resuena, confirmando su camino.

Último llamado público **(vv. 37-50)**

El capítulo se cierra con una nota melancólica. A pesar de todos los milagros y las señales que Jesús había hecho, muchos no creyeron en él. Juan nos explica que esto también cumplía las profecías de Isaías sobre un pueblo que, viendo, no percibiría, y oyendo, no entendería. Sin embargo, Jesús lanza un último y apasionado llamado a la fe. Se presenta como la luz que ha venido al mundo para que nadie que crea en él permanezca en la oscuridad. Sus palabras no son suyas, sino del Padre que lo envió, y esas palabras son el camino a la vida eterna. Es su última invitación pública antes de retirarse de la multitud para entrar en la intimidad de sus últimas horas con sus discípulos.



Reflexión

1. El amor de María fue un “derroche”. ¿Hay áreas en mi vida donde Dios me pide un amor así de generoso y sin cálculos, ya sea en mi tiempo, mis recursos o mi entrega?
2. La multitud aclamó a Jesús esperando un rey político. ¿Qué expectativas tengo yo de Jesús? ¿Lo busco para que solucione mis problemas a mi manera, o estoy dispuesto a aceptar su reinado de humildad y sacrificio?
3. La imagen del grano de trigo que debe morir para dar fruto es muy poderosa. ¿Qué “grano” en mi vida (un hábito, un sueño, mi orgullo) necesito “dejar morir” para que Dios pueda producir un fruto nuevo y abundante?
4. Jesús se define como “la luz”. ¿En qué zonas de mi vida necesito que su luz entre para disipar la oscuridad, el miedo o la confusión?



Oración

Señor, deseo tener un corazón como el de María, capaz de derramar a tus pies lo mejor de mí, sin medir el costo. Ayúdame a aclamar a Jesús como mi Rey, no con las expectativas del mundo, sino con la humildad de quien entiende que Su trono fue la cruz. Dame la valentía de ser como ese grano de trigo, muriendo a mi egoísmo para poder dar fruto para tu Reino. Sé Tú la luz que guíe cada uno de mis pasos, para que nunca camine en tinieblas. Amén.



Notas



Juan 13

¡Qué bueno que seguimos aquí, juntos! Nos adentramos aún más en el capítulo 13 de Juan, ese espacio sagrado y privado que es el cenáculo. Si antes lo veíamos como la antesala de la despedida, ahora lo exploraremos como el corazón mismo de las enseñanzas de Jesús. Aquí, Él no solo habla; actúa, y cada acción es una lección viviente. Es el momento de despojarnos de nuestras prisas y escuchar con toda nuestra atención, porque lo que Jesús revela aquí es la esencia misma de su Reino.

La lección suprema de la humildad

(vv. 1-17)

La escena comienza con una solemnidad que nos pone en alerta: “Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que su hora había llegado...”. En este momento crucial, su pensamiento se centra en “los suyos” y los ama “hasta el extremo”. ¿Y cómo demuestra este amor extremo? No



con un milagro grandioso, sino con un acto de humildad que dejó a todos sin palabras. Se levanta, se quita el manto (un gesto que simboliza despojarse de su estatus y su gloria), y se ciñe una toalla, adoptando la postura y la tarea del último de los siervos.

El lavatorio de los pies no era solo un gesto de hospitalidad; era el trabajo reservado para los esclavos no judíos, el más bajo en la escala social. Que el Maestro y Señor se arrodillara para lavar los pies sucios de sus discípulos era algo impensable, una inversión radical de todos los valores del mundo. Por eso, la reacción de Pedro es tan comprensible. Su “¡Señor, ¿tú me lavas los pies a mí?!” no es un acto de rebeldía, sino de asombro y de un profundo respeto que no puede procesar lo que ve. Su negativa rotunda, “¡No me lavarás los pies jamás!”, nace de la convicción de que él no es digno de tal acto.

La respuesta de Jesús es doblemente profunda. Primero, le habla de una limpieza espiritual: “Si no te lavo, no tienes parte conmigo”. Con esto, establece que la relación con Él depende de recibir su gracia purificadora, de dejarse limpiar por Él. Es un recordatorio de que no podemos acercarnos a Dios por nuestros propios



méritos. Luego, una vez completado el acto, les da la lección práctica: “Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros”. Este no es un simple llamado a ser amables. Es el mandato de adoptar una nueva forma de vida, donde el poder se encuentra en el servicio, la grandeza en la humildad y el liderazgo en el amor abnegado. Es el modelo de toda la comunidad cristiana.

La oscuridad del alma

(vv. 18-30)

Justo después de este momento de profunda intimidad y enseñanza, la atmósfera cambia drásticamente. El texto dice que Jesús “se conmovió en su espíritu”. Esta es una emoción visceral, una angustia profunda que revela el dolor humano de Jesús ante la traición inminente de un amigo. En medio de su círculo más cercano, en la mesa de la comunión, se encuentra la oscuridad. Su declaración, “uno de vosotros me va a entregar”, cae como una bomba. Los discípulos, confundidos e inocentes, se miran unos a otros, sin saber de quién habla.



El diálogo que sigue es tenso y lleno de significado. Juan, el discípulo amado, recostado sobre el pecho de Jesús, le pregunta en secreto. Y Jesús le revela la señal: aquel a quien le dé el bocado. El acto de dar un “bocado mojado” era una señal de honor y amistad en esa cultura. Es el último gesto de amor de Jesús hacia Judas, una última y silenciosa invitación al arrepentimiento, ofrecida en medio de la comunión. Pero Judas la recibe y, en ese mismo instante, el texto nos dice algo escalofriante: “Satanás entró en él”. Al rechazar ese último gesto de amor, Judas sella su decisión.

La frase de Jesús, “Lo que vas a hacer, hazlo pronto”, es de una soberanía impresionante. No es una frase de derrota, sino de control. Jesús no es una víctima pasiva de las circunstancias; Él está orquestando los tiempos de su propio sacrificio. Y con la salida de Judas, “y era ya de noche”, la oscuridad física se une a la espiritual, dejando a Jesús solo con aquellos que, a pesar de sus debilidades, le pertenecen.



La identidad del discípulo
(vv. 31-35)

Con la partida de Judas, la luz vuelve. Es como si el aire se limpiara. La primera declaración de Jesús es sorprendente: “Ahora es glorificado el Hijo del Hombre, y Dios es glorificado en él”. Para Jesús, la partida de Judas significa que el camino hacia la cruz está despejado, y la cruz no es una derrota, sino el momento de su máxima glorificación, donde el amor y la justicia de Dios brillarán al máximo.

Es en este contexto de gloria inminente que les entrega su testamento, su legado más importante: “Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros”. ¿Qué tiene de “nuevo” este mandamiento, si la ley ya pedía amar al prójimo? La novedad radical está en el estándar de medida: “como yo os he amado”. El modelo ya no es nuestro propio esfuerzo o nuestra capacidad limitada de amar. El modelo es Su amor: un amor sacrificial, incondicional, que sirve, que perdona, que se entrega hasta el final.



Y este amor no es solo una norma interna para la comunidad; es su señal de identidad ante el mundo. “En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros”. La marca distintiva del cristiano no sería su doctrina, sus ritos o su poder, sino la calidad sobrenatural de su amor mutuo. Es la evidencia visible de que algo del cielo ha irrumpido en la tierra.

La fragilidad humana

(vv. 36-38)

La escena final del capítulo nos devuelve a la cruda realidad de la debilidad humana. Pedro, siempre impetuoso y sincero, no entiende por qué no puede seguir a Jesús ahora mismo. Su declaración, “mi vida pondré por ti”, es completamente genuina. Él realmente siente esa lealtad y está dispuesto a morir. Su amor por Jesús es innegable.

Sin embargo, su confianza descansa en su propia fuerza, en su propia determinación. Y Jesús, con una mezcla de tristeza y amor, tiene que mostrarle la verdad sobre sí mismo. La predicción “no cantará el gallo, sin que me



hayas negado tres veces” no es una amenaza, sino una profecía llena de misericordia. Jesús no está rechazando a Pedro; lo está preparando para su propia caída, para que cuando ocurra, recuerde que el Maestro ya lo sabía y aun así lo amaba. Es una lección dolorosa pero necesaria: la verdadera fortaleza del discípulo no está en sus promesas, sino en su total dependencia de la gracia de Aquel que lo sabe todo y lo perdona todo. Este momento prepara el terreno para la futura restauración de Pedro junto al mar.

Reflexión

1. Cuando pienso en servir a los demás, ¿lo veo como una tarea ocasional o como la esencia de mi identidad como seguidor de Cristo? ¿Hay “pies” que me niego a lavar en mi vida, personas a las que considero “indignas” de mi servicio o mi tiempo?
2. Es fácil juzgar a Judas, pero ¿de qué maneras sutiles traiciono a Jesús en mi día a día? ¿Quizás con mi silencio cuando debería hablar, con mis prioridades desordenadas, o al elegir mi comodidad por encima de su voluntad?



3. Si alguien observara mis interacciones con otros creyentes, ¿vería claramente el amor sacrificial de Cristo como nuestra marca distintiva? ¿O vería división, crítica y egoísmo? ¿Cómo contribuyo yo personalmente a la “temperatura” del amor en mi comunidad?
4. Como Pedro, ¿en qué áreas de mi vida confío en mi propia fuerza, mi propia bondad o mi propia determinación, olvidando mi total necesidad de la gracia de Dios para no caer?

Oración

Padre, gracias por invitarme a la intimidad contigo. Al arrodillarse Jesús para lavar los pies de Sus discípulos, me enseñas que el camino hacia la grandeza pasa por la humildad. Rompe mi orgullo y dame un corazón de siervo, dispuesto a amar sin esperar nada a cambio.

Señor, examina mi corazón. Revélame las sombras de Judas que puedan habitar en mí y líbrame de toda traición, grande o pequeña. Que mi lealtad hacia ti sea sincera y constante.



Llena mi corazón y mi comunidad con tu mandamiento nuevo. Que podamos amarnos los unos a los otros con tu mismo amor, un amor que perdona, que sirve y que se entrega. Que este amor sea el testimonio más poderoso de tu presencia en medio de nosotros.

Y, como a Pedro, te pido que me sostengas en mi debilidad. Cuando confío en mis propias fuerzas, recuérdame que solo en ti estoy seguro. Gracias porque, aunque sabes que puedo fallarte, nunca dejas de amarme. Amén.



Notas



Juan 14

¡Qué alegría seguir profundizando en estas escrituras! Acabamos de dejar a los discípulos en un estado de shock y zozobra al final del capítulo 13. La atmósfera en el cenáculo es densa, cargada de preguntas sin respuesta y de un miedo palpable a lo desconocido. Es en este preciso momento de oscuridad emocional donde la luz de las palabras de Jesús en el capítulo 14 brilla con una intensidad sobrecogedora. Este capítulo no es un simple discurso; es un ancla para el alma, un mapa para el corazón perdido y una promesa que resonará por toda la eternidad.

La promesa de un hogar

(vv. 1-4)

Jesús comienza mirando directamente al corazón de sus discípulos. Él ve su angustia y su primera orden es una tierna invitación a la calma: “No se turbe vuestro



corazón; creéis en Dios, creed también en mí”. No es una negación de sus sentimientos, sino una redirección de su fe. Les pide que confíen en Él con la misma certeza con la que confían en el Padre.

Luego, les entrega una de las imágenes más consoladoras de toda la Biblia: “En la casa de mi Padre muchas moradas hay”. Esto va mucho más allá de una simple promesa de “ir al cielo”. La palabra “moradas” (del griego *moné*) implica un lugar de permanencia, de descanso, un hogar definitivo. Jesús no está hablando de un lugar frío y distante, sino de un espacio de pertenencia eterna en la presencia del Padre. La promesa se vuelve profundamente personal cuando añade: “voy, pues, a preparar lugar para vosotros”. El carpintero de Nazaret se convierte en el arquitecto celestial que prepara nuestro hogar eterno. Y la promesa culmina con la esperanza de su regreso: “Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis”. Esta no es solo una promesa de un lugar, sino de una relación restaurada y perpetua con Él. Es la respuesta definitiva al miedo al abandono.



La respuesta a la búsqueda humana
(vv. 5-14)

Tomás, siempre práctico y honesto, verbaliza la confusión de todos: “Señor, no sabemos a dónde vas; ¿cómo, pues, podemos saber el camino?”. La pregunta de Tomás abre la puerta para que Jesús revele una de sus declaraciones más trascendentales y exclusivas: “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí”. Desglosemos esta afirmación monumental:

1. *El camino*: Jesús no dice que muestra un camino, sino que *Él es el camino*. No hay múltiples senderos o atajos para llegar a Dios. Él es el único puente que conecta a la humanidad pecadora con el Padre santo. Es una declaración de exclusividad y suficiencia.
2. *La verdad*: En un mundo de filosofías, opiniones y verdades relativas, Jesús se presenta como la encarnación de la Verdad absoluta y objetiva. Conocerlo a Él es conocer la realidad última del universo, de Dios y de nosotros mismos.



3. *La vida*: Él no solo ofrece una “mejor vida” o “vida eterna” como un producto, sino que *Él es la fuente* misma de toda vida, tanto física como espiritual. Estar en Él es estar conectado a la fuente de la existencia.

Felipe, buscando algo más tangible, le pide: “Señor, muéstranos al Padre, y nos basta”. La respuesta de Jesús revela su divinidad y su unidad inseparable con el Padre: “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre”. Jesús es la revelación perfecta y visible del Dios invisible. Ya no necesitan buscar más.

La promesa de compañía permanente **(vv. 15-24)**

Aquí llegamos al corazón de la promesa del Nuevo Pacto. Jesús sabe que su presencia física está llegando a su fin, pero no los dejará solos, no los dejará “huérfanos”. Les promete enviar a “otro Consolador”. La palabra griega *Parakletos* es increíblemente rica: significa uno llamado al lado para ayudar, un abogado, un intercesor, un consejero, un fortalecedor.



Este Consolador es el Espíritu Santo, el Espíritu de verdad. La diferencia fundamental es que, mientras Jesús había estado *con* ellos, el Espíritu Santo estaría *en* ellos. Esta es la promesa de una intimidad con Dios que nunca antes había sido posible. Es la presencia permanente de Dios habitando en el corazón de cada creyente. Esta presencia divina no es solo para sentir consuelo, sino que está intrínsecamente ligada al amor y la obediencia: “Si me amáis, guardad mis mandamientos. Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador”. La vida cristiana se define por esta relación dinámica: amamos a Jesús, obedecemos sus enseñanzas y experimentamos la presencia fortalecedora del Espíritu.

El regalo de la paz de Dios **(vv. 25-31)**

El capítulo cierra volviendo al tema inicial: el corazón turbado. Jesús les deja su testamento, su regalo de despedida: “La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da”. La paz del mundo es frágil, depende de la ausencia de conflictos o de circunstancias



favorables. La paz de Cristo (*Shalom*), sin embargo, es un estado interno de plenitud, bienestar y seguridad que no depende de lo que ocurra fuera. Es una paz que coexiste con la tribulación, porque está anclada en la certeza de que Él tiene el control.

Con esta paz como fundamento, les repite: “No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo”. El capítulo que comenzó con una orden de no temer, termina con el regalo que hace posible esa orden. Jesús les da una razón para regocijarse incluso en su partida —porque va al Padre— y les advierte de la batalla final contra “el príncipe de este mundo”, asegurándoles que no tiene ningún poder sobre Él.

Su última frase, “Levantaos, vamos de aquí”, no es una huida, sino un llamado a la acción. Con estas promesas en sus corazones, ahora están listos para levantarse y caminar con Él hacia la cruz.



Reflexión

1. “No se turbe vuestro corazón”. ¿Qué situaciones o pensamientos están turbando tu corazón en este momento? ¿Cómo cambia tu perspectiva al saber que Jesús te ofrece una paz que no depende de las circunstancias?
2. Jesús se define como “el Camino, la Verdad y la Vida”. ¿De qué manera has experimentado a Jesús en cada una de estas tres facetas en tu vida personal? ¿Hay alguna de ellas que necesites explorar más profundamente hoy?
3. La promesa del Espíritu Santo como un “Consolador” y “Maestro” es central en este capítulo. ¿Has sido consciente de su presencia en tu día a día? ¿Puedes recordar algún momento en que sentiste su guía, consuelo o convicción de una manera clara?
4. Jesús nos promete que haremos “obras mayores” a través de la oración en su nombre. ¿Limita a veces nuestra propia incredulidad o una visión pequeña de Dios lo que le pedimos? ¿Qué “obra mayor” podría estar Dios llamándote a hacer en tu familia, trabajo o comunidad, confiando en su poder?



Oración

Padre celestial, te damos gracias por la increíble riqueza de promesas que nos dejas en este capítulo. Gracias, Señor Jesús, porque en medio de nuestra ansiedad y confusión, Tú nos dices: “No se turben”. Te entregamos hoy todas nuestras preocupaciones y miedos (menciona aquí tus cargas específicas), y te pedimos que nos llenes con Tu paz, esa paz que el mundo no puede dar ni quitar.

Jesús, gracias por ser nuestro camino seguro al Padre, nuestra verdad absoluta en un mundo de mentiras, y nuestra vida eterna. Ayúdanos a caminar en Ti, a creer en Tu verdad y a vivir la vida abundante que nos ofreces. Perdónanos por las veces que buscamos otros caminos o confiamos en otras verdades.

Te damos gracias por el regalo precioso del Espíritu Santo. Abre nuestros oídos para escuchar su voz, ablanda nuestro corazón para seguir su guía y danos la valentía para obedecerlo. Que Él nos recuerde tus palabras cada día y nos consuele en cada aflicción. Te pedimos que nos llenes de tu poder para hacer las obras que has preparado para nosotros, no para nuestra gloria, sino para la tuya. Te amamos, Señor, y confiamos plenamente en Ti. Amén.



Notas



Juan 15

Jesús, en la intimidad de sus últimas horas antes de la cruz, nos regala una de las alegorías más profundas de la vida espiritual. Ya no habla de mansiones futuras, sino de la vitalidad presente. Nos invita a pasar de ser simples seguidores a ser extensiones vivas de su propio ser. Juan 15 es el mapa de una vida unida a Cristo: una vida de permanencia, amor radical y testimonio valiente en medio de un mundo que no siempre comprende.

Conectados a la fuente de vida

(vv. 1-11)

Jesús se presenta como “la vid verdadera” y a su Padre como el labrador. Nosotros, sus discípulos, somos los sarmientos, las ramas. Esta imagen va más allá de un simple ejemplo; es una declaración de identidad. No estamos simplemente “con” Jesús, sino que estamos llamados a estar “en” Él. Nuestra vida, nuestra energía,



nuestra capacidad de producir algo de valor eterno no proviene de nuestro propio esfuerzo, sino de la savia divina que fluye desde la vid. “Permaneced en mí, y yo en vosotros”, nos dice. Esta permanencia es un acto consciente y continuo de dependencia, confianza y comunión. El labrador, en su sabiduría, a veces nos “poda”, cortando lo que es superfluo para que la energía se concentre en producir más fruto. Esta poda puede sentirse como una prueba o una pérdida, pero su propósito es siempre la fecundidad. El fruto del que habla Jesús no es el activismo religioso, sino la manifestación visible del carácter de Cristo en nosotros: amor, gozo, paz. Vivir desconectado de la vid es agotador e inútil; permanecer en Él, aunque implique ser podado, es la única fuente de un gozo cumplido y duradero.

El mandamiento supremo del amor

(vv. 12-17)

De la conexión vital con la vid brota, de manera natural e inevitable, el mandamiento que lo resume todo: “que os améis unos a otros, como yo os he amado”. Este no es un amor basado en la afinidad o el sentimiento, sino en el



sacrificio. Es un amor que se mide por su disposición a “dar la vida por sus amigos”. Con estas palabras, Jesús eleva nuestra relación con Él a un nuevo plano. Ya no nos llama siervos, que obedecen sin comprender el propósito, sino amigos, a quienes les ha revelado todo lo que ha oído de su Padre. Ser amigo de Jesús implica ser iniciado en los secretos del corazón de Dios. Esta amistad no es pasiva; nos capacita y nos comisiona para “ir y dar fruto, y que vuestro fruto permanezca”. El amor mutuo, sacrificial y genuino entre sus seguidores se convierte así en la evidencia más poderosa para el mundo de que realmente hemos estado con Él.

Luz en un mundo que prefiere la oscuridad
(vv. 18-27)

Una vez establecida la base de nuestra vida (permanencia en Cristo) y nuestra ética (amor mutuo), Jesús nos prepara para la realidad externa: la oposición del mundo. “Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros”. Este rechazo no debe ser motivo de sorpresa ni de desánimo. Es una consecuencia lógica de nuestra nueva identidad. Si



perteneciéramos al sistema de valores del mundo —su egoísmo, su orgullo, su autosuficiencia—, el mundo nos amaría. Pero al ser elegidos “de en medio del mundo”, nuestra propia vida, unida a la Vid, se convierte en una luz que expone su oscuridad, y por eso nos rechaza.

No estamos solos en esta tensión. Jesús promete el “Consolador” (el Paráclito, el Espíritu de Verdad), quien no solo nos fortalecerá por dentro, sino que también “dará testimonio acerca de mí”. El Espíritu testifica al mundo a través de la Escritura y la convicción interna, y nosotros, como testigos presenciales de la obra de Cristo en nuestras vidas, nos unimos a ese testimonio. Nuestra misión no es buscar la aprobación del mundo, sino dar fiel testimonio del que nos sacó de las tinieblas a su luz admirable.

Reflexión

1. En mi rutina diaria, ¿qué prácticas concretas me ayudan a “permanecer” en Cristo y cuáles me desconectan de Él?



2. Si Dios es el labrador que me “poda” para que dé más fruto, ¿qué hábito o actitud podría estar Él tratando de quitar de mi vida ahora mismo?
3. El mandato es amar “como yo os he amado”. ¿Amo a los demás de forma sacrificial, o mi amor depende de cómo me traten?
4. Jesús promete un gozo completo. ¿Estoy buscando esa alegría profunda en mi relación con Él o en logros y cosas temporales?
5. Sabiendo que el mundo puede no entender mi fe, ¿cómo respondo? ¿Con temor a ser diferente o con confianza en el Espíritu que me guía?

Oración

Señor Jesús, gracias por ser la vida verdadera. Anhele estar tan unido a Ti que tu vida fluya a través de mí. Te entrego mi voluntad para que quites todo lo que no da fruto y fortalezcas lo que sí te glorifica. Lléname con tu amor para que mi gozo no dependa de mis circunstancias, sino de saber que permanezco en Ti.



Ayúdame a ser tu testigo en el mundo. Cuando enfrente rechazo o incomprensión por mi fe, recuérdame que no estoy solo. Dame la fuerza de tu Espíritu para amar sin condiciones, para servir sin esperar nada a cambio y para reflejar tu luz con valentía y humildad. Amén.



Notas



Juan 16

Imaginemos que estamos todos sentados en un cuarto, escuchando a Jesús. Sabe que está a punto de irse y nos mira a los ojos con un amor profundo. No nos endulza la realidad; nos dice que el camino no siempre será fácil. Pero, al mismo tiempo, nos hace la promesa más increíble: no nos dejará solos. Este capítulo es el manual de Jesús para nosotros, su familia espiritual. Nos enseña cómo mantenernos firmes cuando las cosas se pongan difíciles, nos presenta a nuestro Ayudante celestial y nos asegura que, aunque haya momentos de tristeza, la alegría final es una promesa segura. Es una conversación llena de advertencias honestas y un consuelo inagotable.

Preparados para la presión

(vv. 1-4)

En estos primeros versículos, Jesús es como un padre amoroso que nos advierte de un peligro para que no nos



tome por sorpresa. Nos dice claramente que habrá personas que, por no conocer a Dios, se opondrán a nosotros por seguirle. Su objetivo no es asustarnos, sino prepararnos. Quiere que nuestra fe sea tan fuerte que, cuando llegue la prueba, en lugar de dudar y tropezar, recordemos sus palabras y pensemos: “Jesús ya me había dicho que esto pasaría. Puedo confiar en Él”. Es un acto de amor que nos arma con la verdad para que no nos desmoronemos.

El auxilio bajo la presión **(vv. 5-15)**

Aquí llega una de las promesas más grandes de toda la Biblia. Jesús nos explica que, aunque suene triste, es bueno que Él se vaya, ¡porque solo así puede enviarnos al Consolador, al Espíritu Santo! Este Ayudante no es una fuerza o una idea, sino una Persona divina que viene a vivir en nosotros. Tiene un trabajo triple: le mostrará al mundo su error acerca del pecado, la justicia y el juicio; nos guiará a nosotros a toda la verdad, como un GPS espiritual que siempre apunta a Jesús; y nos recordará todo lo que Cristo nos ha enseñado. No estamos solos



tratando de entender la Biblia o de vivir la vida cristiana; tenemos un Maestro y Guía personal disponible 24/7.

Cuando la presión se convierte en gozo
(vv. 16-24)

Los discípulos estaban confundidos y tristes ante la idea de que Jesús desaparecería. Jesús usa una comparación hermosa: una mujer que sufre dolores de parto, pero que olvida toda su angustia por la alegría inmensa de tener a su bebé en brazos. Así será nuestra experiencia. La tristeza por su partida (y las tristezas que enfrentamos en la vida) es temporal, como un dolor de parto. Pero la alegría que viene después, la alegría de la resurrección y de nuestra relación eterna con Él, es tan completa y abrumadora que hará que el sufrimiento parezca pequeño. Además, nos da una nueva clave de acceso: ahora podemos orar al Padre directamente en el nombre de Jesús, con la confianza de que seremos escuchados.



Oferta paz para quienes están bajo presión
(vv. 25-33)

Jesús termina su charla hablando con total claridad. Los discípulos sienten que por fin lo entienden todo, pero Jesús sabe que su fe pronto será sacudida. Entonces, les entrega la frase que ha dado fuerza a los cristianos por siglos: “En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo”. No promete una vida sin problemas. De hecho, garantiza que los habrá. Pero nos da algo mejor: su paz. Es una paz que no depende de que todo vaya bien afuera, sino de saber que Aquel que está con nosotros ya ganó la batalla más importante. Su victoria es nuestra ancla en cualquier tormenta.

Reflexión

1. Jesús nos advirtió que seguirle podría ser difícil. ¿Alguna vez has sentido miedo de hablar de tu fe en la escuela o con amigos? ¿Qué nos enseña Jesús que puede darnos valor?



2. El Espíritu Santo es nuestro “Ayudante”. ¿En qué área de tu vida (estudios, relaciones, decisiones) necesitas pedirle su guía y ayuda esta semana?
3. Piensa en un momento en que estuviste muy triste o preocupado. ¿Cómo te ayudó Dios en esa situación? ¿Cómo podemos recordar la promesa de que la tristeza se convertirá en gozo cuando enfrentemos problemas?
4. La paz de Jesús no es la ausencia de problemas. ¿Qué tormenta o preocupación estás enfrentando ahora mismo? ¿Cómo cambia las cosas saber que Jesús ya ha “vencido al mundo”?

Oración

Padre Celestial, te damos gracias por la honestidad de Jesús. Gracias porque no nos escondió que enfrentaríamos dificultades, sino que nos preparó para ellas. Te pedimos que nos llenes de valor para no tener miedo de vivir nuestra fe y te agradecemos por el regalo increíble del Espíritu Santo. Ayúdanos, como familia, a escuchar su voz cada día y a dejar que nos guíe hacia la verdad.



Señor, gracias por tu promesa de paz. Te entregamos nuestras preocupaciones y nuestros miedos, confiando en que Tú ya has vencido. Ayúdanos a recordar que cualquier tristeza es temporal, pero el gozo que nos das es eterno. Que tu victoria sea nuestra fuerza y nuestra esperanza en medio de cualquier tormenta que enfrentemos. En el nombre poderoso de Jesús oramos, Amén.



Notas



Juan 17

Si supieras que estás a punto de enfrentar el momento más difícil de tu vida. ¿Qué harías? ¿A quién acudirías? En Juan 17, se nos permite escuchar la conversación más íntima y poderosa de Jesús con su Padre celestial justo antes de su arresto y crucifixión. Esta no es una oración cualquiera; es el anhelo del corazón de Jesús derramado ante Dios. A menudo se le llama la “Oración Sumo Sacerdotal”, porque Jesús actúa como nuestro representante, intercediendo no solo por sí mismo, sino también por sus discípulos de aquel momento y, de manera asombrosa, por cada uno de nosotros hoy. En esta oración, Jesús ora por tres grupos específicos en un orden perfecto: primero por su propia glorificación, luego por la protección y santificación de sus discípulos, y finalmente, por la unidad y el amor de todos los que creerían en Él a lo largo de la historia. Al estudiar este capítulo, no somos simples espectadores; somos los



beneficiarios directos de la oración más importante jamás pronunciada.

La misión cumplida
(vv. 1-5)

En los primeros versículos, Jesús levanta sus ojos al cielo y habla con su Padre. Su primera petición no es por escape o por facilidad, sino para ser glorificado para que Él, a su vez, pueda glorificar al Padre. Jesús declara que ha completado la obra que se le encomendó en la Tierra: dar a conocer a Dios y ofrecer vida eterna a todos los que el Padre le ha dado. Esta vida eterna no es solo vivir para siempre, sino conocer íntimamente al único Dios verdadero y a Jesucristo. Es una oración que nos muestra la unidad perfecta y el propósito compartido entre el Padre y el Hijo, recordándonos que el objetivo principal de la vida y misión de Jesús siempre fue honrar a su Padre.



Protección para sus amigos
(vv. 6-19)

El enfoque de Jesús ahora se dirige a su círculo más cercano, los discípulos que caminaron con Él. Les pide al Padre que los proteja. Sabe que, aunque ellos están en el mundo, no pertenecen al mundo, al igual que Él. Jesús no pide que sean sacados del mundo y sus dificultades, sino que sean guardados del maligno. Su oración también es para que sean “santificados”, es decir, apartados para Dios y purificados a través de la verdad de Su Palabra. Jesús les había dado todo lo que el Padre le dio, y ahora los encomienda al cuidado supremo de Dios, pidiendo que experimenten la misma alegría completa que Él tiene.

La oración te alcanza
(vv. 20-26)

Esta es la parte que debería llenar nuestros corazones de asombro, porque Jesús comienza a orar por aquellos que creerán en Él gracias al testimonio de los apóstoles. ¡Esa oración es por nosotros! El clamor central de su corazón



para la Iglesia de todos los tiempos es la *unidad*. Él pide que seamos uno, así como Él y el Padre son uno. Esta unidad no es solo para nuestro propio beneficio, sino para que el mundo vea este amor sobrenatural y crea que el Padre realmente envió a Jesús. Su oración final es que el mismo amor con el que el Padre lo amó esté en nosotros, y que Él mismo viva en nosotros. Es el cierre perfecto, uniendo a todos los creyentes en una familia divina definida por el amor.

Reflexión

1. ¿Cuál crees que es la “obra” que Dios nos ha dado a nosotros como familia y como individuos? ¿Cómo podemos glorificar a Dios en nuestras tareas diarias?
2. ¿Qué desafíos enfrentamos esta semana en la escuela, el trabajo o con los amigos? ¿Cómo podemos confiar en la protección de Dios en lugar de desear escapar?
3. ¿De qué maneras podemos demostrarle al mundo que somos “uno” como familia en Cristo? ¿Cómo podemos mostrar más amor y unidad con otros cristianos en nuestra iglesia o comunidad?



Oración

Padre celestial, gracias por permitirnos escuchar el corazón de tu Hijo Jesús en esta increíble oración. Te damos gracias porque Jesús completó su obra para darnos vida eterna y te glorificó en todo.

Te pedimos, como lo hizo Jesús, que nos protejas en este mundo. Ayúdanos a vivir para ti y a ser santificados por tu verdad, que es tu Palabra. No permitas que el mal nos toque y llénanos del gozo completo que solo viene de Ti.

Finalmente, Padre, te pedimos que nos hagas uno. Ayúdanos como familia a amarnos los unos a los otros como Tú amas a Jesús. Une a nuestra iglesia y a todos tus hijos alrededor del mundo para que otros puedan ver tu amor en nosotros y crean en Ti. En el nombre de Jesús, Amén.



Notas



Juan 18

Si en el capítulo 17 escuchamos el corazón de Jesús en una oración íntima, en el capítulo 18 vemos sus manos atadas y su divinidad confrontada con el poder terrenal. La escena cambia drásticamente de la calma del aposento alto a la tensión de un huerto oscuro y los fríos pasillos del juicio. Este capítulo nos muestra una serie de contrastes impactantes: el poder soberano de Jesús frente a la traición de un amigo, la valentía de Cristo ante la cobardía de su seguidor más cercano, y la verdad de un Reino eterno frente a la política y el poder de un imperio temporal. A través de su arresto y sus juicios, Jesús nunca deja de ser quien es: el Rey. Sin embargo, su poder no se manifiesta con espadas y ejércitos, sino con una sumisión voluntaria y una calma que desarma a sus acusadores. Este capítulo nos desafía a preguntarnos a qué reino pertenecemos y a quién le damos nuestra lealtad cuando la presión aumenta.



Poder bajo autoridad***(vv. 1-11)***

Jesús, sabiendo todo lo que le esperaba, toma la iniciativa y sale al encuentro de sus captores en el huerto de Getsemaní. La traición de Judas se sella con un gesto que lleva a una tropa de soldados y guardias hasta Él. Pero en este momento de aparente debilidad, Jesús revela su poder divino. Cuando pregunta “¿A quién buscáis?” y ellos responden “A Jesús de Nazaret”, su simple declaración, **“Yo soy”**, los hace retroceder y caer a tierra. No lo arrestan porque sea débil, sino porque Él lo permite. En un acto de protección, se asegura de que sus discípulos queden libres. La reacción impulsiva de Pedro, cortando la oreja de un siervo, es inmediatamente corregida por Jesús, quien nos recuerda que su misión no se cumplirá con la violencia del hombre, sino bebiendo la copa que el Padre le ha dado.



La lealtad puesta a prueba
(vv. 12-27)

El capítulo nos presenta dos escenas que ocurren simultáneamente, creando un contraste doloroso. Por un lado, Jesús es llevado ante los líderes religiosos, Anás y Caifás. En este juicio ilegal y nocturno, Jesús se mantiene firme, hablando la verdad con una dignidad que provoca la ira y la violencia de sus interrogadores. Él no tiene nada que ocultar y desafía la injusticia del proceso. Mientras tanto, en el patio exterior, Pedro, su roca, se desmorona. El frío de la noche parece haber congelado su valentía. Rodeado por la gente equivocada y presionado por preguntas simples, niega conocer a Jesús no una, sino tres veces. El canto del gallo se convierte en la dolorosa banda sonora de su fracaso, cumpliendo exactamente la advertencia que Jesús le había dado.

¡Qué rey es Jesús!
(vv. 28-40)

La escena se traslada al pretorio, el centro del poder romano en Jerusalén. Jesús ahora está frente a Poncio



Pilato, el gobernador. Aquí se produce uno de los diálogos más fascinantes de la Biblia. Pilato, un hombre práctico y político, intenta entender la naturaleza de este “rey”. Jesús le explica que su Reino “no es de este mundo”. No es un reino que se imponga por la fuerza militar o la intriga política, sino un reino basado en la verdad. Todos los que aman la verdad, escuchan su voz. La famosa y cínica pregunta de Pilato, “¿Y qué es la verdad?”, revela su incapacidad para reconocer a la Verdad misma de pie frente a él. Al final, en una última y trágica ironía, la multitud, manipulada por los líderes religiosos, elige liberar a Barrabás, un ladrón y asesino, y condenar al autor de la vida.

Reflexión

1. En el huerto, Jesús demostró su poder al decir “Yo soy”, pero aun así se entregó. ¿Qué nos enseña esto sobre la verdadera fortaleza? ¿Hay momentos en nuestra vida en los que debemos confiar en el plan de Dios en lugar de “sacar la espada” como Pedro?
2. Pedro negó a Jesús por miedo a lo que pudieran pensar o hacerle unas pocas personas alrededor de



- una fogata. ¿En qué situaciones cotidianas (en la escuela, con amigos, en el trabajo) podemos sentir la tentación de negar que conocemos a Jesús con nuestras palabras o acciones?
3. Jesús dijo que su Reino no es de este mundo. ¿Qué significa eso para nosotros hoy? ¿Cómo podemos vivir como ciudadanos del Reino de Dios mientras estamos en este mundo? ¿Qué “verdades” del mundo a veces chocan con la verdad de Jesús?
 4. La multitud eligió a Barrabás en lugar de a Jesús. A veces, sin darnos cuenta, también elegimos “liberar” cosas en nuestra vida (hábitos, deseos, entretenimientos) que nos alejan de Jesús. ¿Hay algún “Barrabás” en nuestro corazón que necesitemos entregarle a Dios?

Oración

Padre Celestial, te damos gracias por permitirnos ver la majestad y la humildad de Jesús en este capítulo. Gracias, Señor Jesús, porque, aunque tenías todo el poder para liberarte, elegiste entregarte por nosotros. Tu calma ante la traición y tu valentía ante la injusticia nos asombran.



Perdónanos por las veces que, como Pedro, hemos tenido miedo y te hemos negado con nuestras palabras o hemos permanecido en silencio cuando debimos hablar de ti. Danos la fuerza de tu Espíritu Santo para ser testigos valientes en todo momento.

Ayúdanos a entender que somos ciudadanos de tu Reino, un reino de verdad y amor. Que nuestras decisiones diarias, nuestras palabras y nuestros pensamientos reflejen esa ciudadanía. Te entregamos a los “Barrabás” de nuestro corazón y te elegimos a Ti, nuestro único y verdadero Rey. En tu nombre oramos, Amén.



Notas



Juan 19

Hemos llegado al momento que divide la historia de la humanidad en un antes y un después. El capítulo 19 de Juan no es simplemente el relato de una ejecución; es la crónica del acto de amor más grande jamás conocido. Aquí vemos al Rey del universo, no en un palacio, sino siendo humillado, torturado y clavado en una cruz de madera. Juan, como testigo ocular, nos guía a través de este día sombrío con detalles que nos rompen el corazón pero que, al mismo tiempo, revelan el cumplimiento perfecto del plan de Dios. Veremos la brutalidad humana en su máxima expresión, contrastada con la gracia y el control soberano de Jesús hasta su último aliento. Este capítulo no es para leerlo a la ligera; es una invitación a pararnos al pie de la cruz, a contemplar el costo de nuestro pecado y a maravillarnos ante un amor tan profundo que estuvo dispuesto a pagarlo todo por nosotros. Es aquí donde la justicia y la misericordia de



Dios se besan, y donde nuestra salvación fue asegurada para siempre.

El rey coronado de espinas
(vv. 19:1-16)

En esta primera parte del capítulo, la crueldad humana choca de frente con la majestad silenciosa de Jesús. Pilato, tratando de apaciguar a la multitud y quizás sintiendo lástima, manda a azotar a Jesús. Este castigo era terriblemente brutal, diseñado para desgarrar la piel y causar un dolor insoportable.

La burla no terminó ahí. Los soldados romanos, en un acto de cruel ironía, deciden jugar a la realeza con el prisionero. Le tejen una corona, no de oro, sino de espinas afiladas que se clavan en su cabeza. Le visten con un manto púrpura, el color de los reyes, solo para arrodillarse ante Él en una farsa grotesca mientras lo golpeaban, escupían y gritaban: “¡Salve, Rey de los judíos!”. Lo que ellos no sabían era que, en su desprecio, estaban proclamando una verdad eterna. Pilato, al presentarlo ensangrentado y humillado ante la gente



diciendo “¡He aquí el hombre!”, esperaba generar compasión, pero solo encendió más el odio. La multitud, manipulada por sus líderes, gritaba “¡Crucifícalo!”. Pilato, atrapado entre su conciencia y su miedo a perder el poder, finalmente cede. Entrega a Jesús para que sea crucificado, lavándose las manos de una decisión que marcaría su nombre para siempre, demostrando que el poder del mundo siempre temerá al verdadero rey.

Reflexión

1. Los soldados se burlaron de Jesús como Rey. ¿Hay áreas en mi vida donde, con mis acciones o pensamientos, no le doy a Jesús el verdadero lugar de Rey que le corresponde?
2. Jesús soportó toda esta humillación en silencio y con dignidad. ¿Qué nos enseña su reacción sobre cómo enfrentar las injusticias o el maltrato?

Oración

Padre celestial, al contemplar la corona de espinas y el manto púrpura, nos duele el corazón. Perdónanos por las



veces que no te hemos honrado como nuestro Rey. Ayúdanos a tener la valentía de defender lo que es justo, incluso cuando sintamos miedo, y a soportar con gracia las dificultades, confiando en tu soberanía. Gracias, Jesús, por soportar tanta humillación por amor a nosotros. Amén.

El lugar de la calavera **(vv. 17-27)**

El viaje final ha comenzado. Jesús, cargando su propia cruz, es llevado al lugar llamado Gólgota, que significa “el lugar de la calavera”. Allí, entre dos criminales, lo crucifican. Este acto, reservado para los peores delincuentes, era la máxima expresión de vergüenza y sufrimiento. Sin embargo, en medio de esta oscuridad, la soberanía de Dios brilla. Pilato ordena que se coloque un letrero sobre la cruz de Jesús. Decía: “Jesús de Nazaret, Rey de los judíos”. Lo escribió en hebreo, latín y griego, los idiomas de la religión, la ley y la cultura de la época. Sin saberlo, Pilato estaba proclamando la verdad del reinado universal de Cristo al mundo entero. Los líderes religiosos, furiosos, le pidieron que cambiara la inscripción, pero Pilato se negó, diciendo “Lo que he



escrito, he escrito”. Mientras tanto, los soldados, indiferentes al drama cósmico que se desarrollaba, se repartieron su ropa, cumpliendo una profecía escrita siglos antes.

Pero el detalle más conmovedor que Juan nos comparte es lo que sucede al pie de la cruz. Allí estaban su madre, María, junto con otras mujeres fieles y el propio Juan. En medio de su agonía indescriptible, Jesús mira a su madre y a su discípulo amado y crea una nueva familia. Le dice a María: “Mujer, he ahí tu hijo”, y a Juan: “He ahí tu madre”. Incluso en su momento de mayor sufrimiento, el amor y el cuidado de Jesús por los demás no se detuvieron. Nos muestra que su Reino se construye sobre relaciones de amor y cuidado mutuo.

Reflexión

1. Incluso en su dolor más profundo, Jesús se preocupó por el bienestar de su madre. ¿Cómo podemos seguir su ejemplo y mostrar amor y cuidado a nuestra familia y amigos, especialmente cuando nosotros mismos estamos pasando por momentos difíciles?



2. Juan y las mujeres se quedaron al pie de la cruz, a pesar del peligro y el dolor. ¿Qué significa para nosotros “permanecer junto a la cruz” en nuestra vida diaria? ¿Significa compartir su sufrimiento, recordar su sacrificio o ser valientes en nuestra fe?

Oración

Señor Jesús, te adoramos como nuestro Rey, cuyo trono fue una cruz. Gracias por mostrarnos un amor tan increíblemente personal, cuidando de los tuyos hasta el final. Ayúdanos a ser una familia que se cuida mutuamente como tú nos enseñaste. Queremos permanecer cerca de ti, no solo en los momentos de alegría, sino también en los de prueba, sabiendo que tu sacrificio nos ha dado vida. Amén.

Consumado es

(vv. 28-42)

Llegamos a los momentos finales. Cada acción, cada palabra de Jesús en la cruz, está cargada de propósito y significado. Sabiendo que todo estaba a punto de



completarse y para que se cumpliera otra escritura, Jesús dice: “Tengo sed”. No es solo un grito de sufrimiento físico, sino el cumplimiento de una profecía del Salmo 69. Le ofrecen vinagre en una esponja, un gesto que sella la amargura de su experiencia humana.

Entonces, después de recibirlo, pronuncia las palabras más poderosas y victoriosas de la historia: “Consumado es”. En el griego original, *“tetelestai”*, era una palabra que se usaba para decir “pagado por completo”. Con esa sola palabra, Jesús declaró que la deuda por el pecado de la humanidad había sido saldada. La misión que el Padre le había encomendado estaba cumplida. No quedaba nada por hacer. La salvación estaba asegurada. Después de esta declaración triunfal, inclinó la cabeza y entregó su espíritu. No se lo quitaron; Él lo entregó voluntariamente. Para confirmar su muerte, un soldado le atravesó el costado con una lanza, y de la herida brotó sangre y agua, un símbolo poderoso del perdón (sangre) y la vida nueva (agua) que fluyen de su sacrificio.

La historia podría haber terminado ahí, con un cuerpo colgado en una cruz. Pero el amor inspira valentía. Dos seguidores secretos, José de Arimatea y Nicodemo, que



antes temían a los líderes judíos, ahora salen a la luz. Valientemente piden el cuerpo de Jesús a Pilato y le dan una sepultura digna de un rey, ungiéndolo con una gran cantidad de especias y envolviéndolo en lienzos, cumpliendo así la profecía de que sería sepultado con los ricos. El Rey descansaba, su obra terminada, esperando el amanecer del tercer día.

Reflexión

1. Jesús dijo “Consumado es”, que significa “Pagado por completo”. ¿Qué significa para ti saber que no tienes que hacer nada para “ganarte” el amor o el perdón de Dios, porque Jesús ya lo pagó todo? ¿Cómo cambia eso la forma en que vives?
2. José de Arimatea y Nicodemo eran seguidores secretos, pero el amor por Jesús los hizo valientes en el momento más oscuro. ¿Hay momentos en los que tienes miedo de mostrar tu fe? ¿Qué te inspira su ejemplo a ser más valiente?
3. El capítulo termina con Jesús en la tumba. A menudo, en nuestras vidas, pasamos por momentos que parecen un final, como si todo estuviera oscuro y sin



esperanza. ¿Cómo nos ayuda saber que la historia de Jesús no terminó en la tumba a confiar en Dios durante nuestros propios “viernes santos”?

Oración

Padre amado, te damos gracias por la palabra “Consumado es”. Gracias porque en la cruz, Jesús lo pagó todo por nosotros. Ayúdanos a vivir cada día en la libertad y la alegría de saber que somos perdonados y amados, no por lo que hacemos, sino por lo que Él hizo. Danos la valentía de José y Nicodemo para vivir nuestra fe abiertamente, honrando a Jesús con nuestras vidas. Y mientras recordamos su muerte, que nuestros corazones se llenen de esperanza, esperando la alegría de la resurrección. Amén.



Notas



Juan 20

Saludos familia. El capítulo 19 nos dejó al pie de la cruz con el corazón quebrantado, pero el capítulo 20 nos levanta con el grito de victoria: ¡la tumba está vacía! Este es el capítulo del gozo inesperado, de la sorpresa divina que cambia la historia para siempre. El domingo por la mañana, la desesperanza de los seguidores de Jesús se topa de frente con el poder de Dios. Veremos una tumba vacía, no como señal de un robo, sino como el testimonio silencioso del milagro más grande.

Acompañaremos a María Magdalena en su llanto que se convierte en la primera comisión evangelística, correremos con Pedro y Juan para ver con nuestros propios ojos, y nos esconderemos con los discípulos tras puertas cerradas, solo para ser encontrados por la paz de Cristo. Finalmente, caminaremos junto a Tomás desde la duda honesta hasta la confesión de fe más profunda. Este capítulo no es un simple epílogo; es el comienzo de una



nueva creación, donde la muerte es vencida y la vida eterna en Cristo se convierte en nuestra realidad.

La carrera de la fe
(vv. 1-10)

La historia comienza antes del amanecer, en la penumbra de una profunda tristeza. María Magdalena, movida por un amor leal, va al sepulcro para estar cerca de su Señor, aunque sea en la muerte. Pero lo que encuentra la sacude por completo: la pesada piedra que sellaba la tumba ha sido removida. Su primera reacción no es de fe, sino de pánico y confusión. Piensa lo peor, que alguien se ha llevado el cuerpo de Jesús, añadiendo un ultraje más al dolor de la crucifixión.

Corre desesperada a buscar a Pedro y a Juan, y sus palabras, llenas de angustia, los impulsan a una carrera frenética hacia el sepulcro. Es una imagen poderosa: dos de los discípulos más cercanos corriendo hacia lo desconocido, uno mayor y más impulsivo, el otro más joven y rápido. Juan llega primero, y con una mezcla de respeto y temor, se asoma para ver los lienzos mortuorios



ordenadamente doblados. Esto no parece obra de ladrones de tumbas. Luego llega Pedro, y entra directamente. Ve lo mismo, pero es Juan quien, al entrar, “vio y creyó”.

En ese instante, aunque aún no comprendía todas las Escrituras, la evidencia de la tumba vacía encendió en su corazón la primera chispa de la fe en la resurrección. Los lienzos doblados eran el susurro de Dios: “No estoy aquí, he vencido a la muerte, y lo he hecho sin prisa, con orden y poder”. Es el primer destello de esperanza en la mañana más importante de la historia.

De cara al resucitado

(vv. 11-18)

Mientras Pedro y Juan regresan a casa procesando lo que han visto, María Magdalena se queda junto a la tumba, paralizada por el dolor. Su mundo se había derrumbado, y ahora ni siquiera tenía un cuerpo que llorar. Asomándose al sepulcro entre lágrimas, ve a dos ángeles. Ellos le preguntan por qué llora, pero su dolor es tan grande que ni siquiera la presencia de seres celestiales la



consuela. Su única respuesta refleja su profunda pérdida: “Se han llevado a mi Señor”.

En ese momento, se da vuelta y ve a un hombre, a quien confunde con el jardinero. Su ceguera temporal, causada por el llanto y la desesperanza, nos enseña algo importante: a veces, Jesús está de pie justo a nuestro lado, pero nuestro dolor nos impide reconocerlo. Él le hace la misma pregunta: “¿Por qué lloras? ¿A quién buscas?”.

Entonces, ocurre el milagro. Jesús pronuncia una sola palabra: “¡María!”. No es la voz de un extraño, es la voz de su Pastor llamándola por su nombre. Al instante, las escamas de la tristeza caen de sus ojos y lo reconoce. “¡*Raboni!*” (¡Maestro mío!), exclama ella, en una explosión de alegría y adoración. Jesús le da entonces una misión increíble: “Ve a mis hermanos y diles...”. La primera persona en ver a Cristo resucitado y la primera en predicar el Evangelio de la resurrección no fue un apóstol, sino una mujer que se aferró a Él con un amor inquebrantable. Su testimonio personal, “¡He visto al Señor!”, se convierte en el fundamento de la proclamación de la Iglesia para siempre.



La paz que vence el miedo
(vv. 19-23)

La escena se traslada a un cuarto cerrado “por miedo a los judíos”. El gozo del testimonio de María aún no ha logrado disipar la atmósfera de terror que envolvía a los discípulos. Se sentían como los siguientes en la lista, escondidos, susurrando, con el corazón encogido. Y es precisamente en ese lugar de miedo y encierro donde Jesús elige aparecer. No toca la puerta, no pide permiso; simplemente atraviesa los muros y se pone en medio de ellos.

Su primera palabra no es de reproche por haberlo abandonado, sino una palabra de gracia infinita: “Paz a vosotros”. Esta no es una paz cualquiera, no es la ausencia de problemas; es la paz de Dios, la Shalom que restaura, que completa y que vence todo temor. Para que no pensaran que era un fantasma, les muestra sus manos y su costado. Las cicatrices de la cruz no son borradas, sino que se convierten en el sello eterno de su amor y en la prueba irrefutable de su identidad. Al ver las heridas, el miedo de los discípulos se transforma en un gozo profundo y abrumador. ¡Era realmente Él! Entonces



Jesús repite su saludo, “Paz a vosotros”, y les entrega la Gran Comisión en la versión de Juan: “Como el Padre me envió a mí, así yo os envío a vosotros”. No los envía solos. Sopla sobre ellos y les dice: “Recibid el Espíritu Santo”. Este acto es un eco de la creación, cuando Dios soplo aliento de vida en Adán. Es el nacimiento de la Iglesia, el pueblo de la nueva creación, capacitado por el mismo aliento de Dios para llevar su mensaje de perdón y reconciliación al mundo.

De la duda a la adoración ***(vv. 24-31)***

La historia sería incompleta sin Tomás. Él no estaba presente en ese primer encuentro y, al escuchar el testimonio de sus amigos, su reacción es de un escepticismo rotundo y casi desafiante. No le basta el testimonio de diez de sus hermanos más cercanos. Su dolor y su mente lógica exigen una prueba empírica, una evidencia que pueda tocar y sentir: “Si no veo en sus manos la señal de los clavos, y meto mi dedo en el lugar de los clavos, y meto mi mano en su costado, no creeré”.



A menudo criticamos a Tomás, pero su duda es honesta y representa a muchos que luchan por creer. Una semana después, los discípulos están reunidos de nuevo, y esta vez Tomás está con ellos. De nuevo, las puertas están cerradas, y de nuevo, Jesús aparece en medio de ellos con su saludo de paz. Pero esta vez, se dirige directamente a Tomás. Con una ternura increíble, Jesús no lo regaña por su incredulidad, sino que lo invita a cumplir exactamente las condiciones que había puesto. “Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente”. Jesús se encuentra con Tomás justo en el punto de su duda.

No sabemos si Tomás llegó a tocar las heridas, porque la evidencia visual y la presencia amorosa de su Señor fueron suficientes para derribar todos sus muros. Su respuesta no es una simple afirmación, sino la confesión de fe más grande de todo el Evangelio: “¡Señor mío y Dios mío!”. Es la cumbre de la revelación de quién es Jesús. Finalmente, Jesús nos deja una bendición que atraviesa los siglos y nos alcanza a nosotros: “Porque me has visto, has creído; bienaventurados los que no vieron, y creyeron”. Juan concluye explicando por qué escribió estas cosas: para que nosotros, que no hemos visto,



podamos creer que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que, al creer, tengamos vida en su nombre.

Reflexión

1. Cuando María no reconoció a Jesús al principio, ¿qué hizo Jesús para que ella lo reconociera? ¿Por qué crees que es especial que Jesús nos llame por nuestro nombre?
2. Pedro y Juan corrieron a la tumba con expectativas diferentes. ¿Cómo reaccionamos nosotros ante situaciones que no entendemos? ¿Corremos hacia Dios en busca de respuestas o nos alejamos con miedo?
3. Jesús les mostró sus cicatrices a los discípulos. Esas heridas eran una prueba de su sufrimiento, pero también de su victoria. ¿Qué nos enseñan las cicatrices de Jesús sobre el amor de Dios y sobre cómo Él puede usar nuestras propias heridas?
4. Tomás necesitaba “ver para creer”. Jesús nos llama “bienaventurados” si creemos sin haber visto. ¿Qué



cosas nos ayudan a creer en Jesús hoy, aunque no podamos verlo con nuestros ojos físicos?

5. La primera palabra de Jesús a sus asustados discípulos fue “Paz”. ¿En qué áreas de tu vida necesitas experimentar la paz de Jesús que vence el miedo esta semana?

Oración

Amado Señor Jesús, te damos gracias con todo nuestro corazón por el domingo de resurrección. Gracias porque la tumba está vacía y la muerte ha sido vencida para siempre. Como María, ayúdanos a escucharte llamarnos por nuestro nombre y a correr para contarles a otros la buena noticia. Como Juan, danos una fe que vea más allá de las circunstancias y crea en tu poder. Y como Tomás, encuéntranos en nuestras dudas y llévanos a declararte como nuestro Señor y nuestro Dios. Llena nuestro hogar con la misma paz que diste a tus discípulos y envíanos con el poder de tu Espíritu Santo a vivir como gente de la resurrección. Amén.



Notas



Juan 21

Hemos llegado al final de nuestro viaje con el evangelio de Juan. Y qué final tan hermoso. Este capítulo es como sentarse junto a una fogata en la playa al amanecer con Jesús. Después de la gloria y el asombro de la resurrección, Jesús se encuentra con sus discípulos de la manera más humana y normal posible: mientras trabajan y comen. Ellos habían vuelto a su antigua vida, a la pesca, quizás sin saber muy bien qué hacer ahora. Y es ahí, en medio de su rutina, de su cansancio y de su fracaso (una noche entera sin pescar nada), donde Jesús aparece para recordarles quién es Él y quiénes son ellos gracias a Él. Este capítulo trata sobre la restauración, especialmente la de Pedro, pero en él, todos encontramos un mensaje de esperanza: no importa cuánto hayamos fallado, el amor de Jesús es suficiente para perdonarnos, sanarnos y darnos un nuevo propósito.



Un desayuno en la orilla***(vv. 1-14)***

Imaginemos la escena. El aire de la mañana es fresco y el Mar de Galilea está en calma. Siete de los discípulos, liderados por un Pedro que seguramente aún carga con el peso de su negación, deciden hacer lo que mejor conocen: pescar. Pero toda la noche transcurre sin éxito. Es una imagen poderosa de lo que es nuestra vida cuando intentamos hacer las cosas con nuestras propias fuerzas, incluso en las áreas en las que somos expertos. Al amanecer, una figura en la orilla les grita una pregunta sencilla: “Muchachos, ¿no tienen algo de comer?”. Sin saber que es Jesús, le responden con la frustración de una noche de trabajo en vano. Entonces, la voz les da una instrucción que parece ilógica: “Echen la red a la derecha de la barca, y hallarán”. Movidos por algo que no entienden, obedecen. Y ocurre el milagro. La red se llena tanto que no pueden ni sacarla, con 153 peces grandes. Es en ese momento de abundancia imposible cuando Juan, el discípulo del corazón, reconoce al Maestro: “¡Es el Señor!”.



Al oír esto, Pedro, en un arrebató de pasión y amor, se lanza al agua para llegar antes a Jesús. Esta escena nos enseña que Jesús se preocupa por nuestras necesidades más básicas, que la obediencia a su palabra trae una bendición desbordante y que Él nos espera en la orilla de nuestros fracasos para ofrecernos no un reproche, sino el calor de su presencia y un desayuno preparado con amor.

Tres preguntas para un corazón roto

(vv. 15-19)

Después de comer, el ambiente cambia. La conversación se vuelve íntima y se centra en Pedro. Junto al calor de un fuego de carbón, muy parecido a aquel junto al cual Pedro negó a Jesús tres veces, el Señor va a sanar su corazón herido. Jesús le hace a Pedro la misma pregunta tres veces: “Simón, hijo de Juan, ¿me amas?”. Cada pregunta es una oportunidad para sanar cada una de las negaciones. Podemos sentir la tensión y la emoción del momento. La primera vez, Jesús le pregunta si le ama “más que estos”, recordándole su anterior jactancia. Pedro, ahora humilde, simplemente afirma su afecto. Las tres preguntas de Jesús van al núcleo del corazón de



Pedro, permitiéndole reafirmar su amor y reemplazar el amargo recuerdo del fracaso con una nueva declaración de lealtad. Pero Jesús no se detiene en el perdón; con cada respuesta afirmativa de Pedro, le entrega una misión sagrada: “Apacienta mis corderos”, “Pastorea mis ovejas”.

Esto es lo más maravilloso de la gracia de Dios. El perdón no es solo borrar el pasado; es confiarte un futuro. Jesús no le dice a Pedro: “Estás perdonado, ahora no te metas en problemas”. Le dice: “Estás perdonado, y ahora te entrego lo más preciado que tengo: mi rebaño. Cuida de ellos”. El fracaso de Pedro no lo descalificó, sino que, a través del perdón de Cristo, lo preparó para ser un pastor más compasivo y humilde.

Alguien te llama **(vv. 20-25)**

Una vez restaurado y con su misión clara, Pedro hace algo muy humano. Voltea, ve a Juan y le pregunta a Jesús: “Señor, ¿y qué de éste?”. Es la pregunta que todos nos hacemos en algún momento. Nos comparamos con los



demás: “¿Por qué a él le va así y a mí no? ¿Cuál es el plan para ella? ¿Será mi camino tan difícil como el suyo?”. La respuesta de Jesús es una de las lecciones más importantes de todo el evangelio: “Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué a ti? Sígueme tú”. Jesús, con amor, nos enseña a quitar los ojos de los demás y a ponerlos firmemente en Él.

Nuestro llamado es personal, único e intransferible. La carrera que Dios ha puesto delante de nosotros no se puede comparar con la de nadie más. La comparación solo nos roba el gozo y nos distrae de nuestra propia obediencia. La única pregunta que debe ocupar nuestro corazón es: ¿Estoy siguiendo a Jesús hoy? Con esta enseñanza, Juan cierra su evangelio, recordándonos que lo que ha escrito es un testimonio verdadero para que creamos, pero que la grandeza y las obras de Jesús son tan inmensas que, si se escribieran una por una, no cabrían en todos los libros del mundo. Es una invitación a darnos cuenta de que siempre habrá más de Jesús por descubrir.



Reflexión

1. Los discípulos pescaron toda la noche sin éxito, pero con una palabra de Jesús todo cambió. ¿En qué área de tu vida has estado esforzándote por tu cuenta? ¿Cómo puedes invitar a Jesús a esa situación?
2. Jesús preparó el desayuno para sus amigos. ¿Qué te dice este gesto tan sencillo sobre el carácter de Dios y su forma de cuidarnos?
3. Piensa en la conversación entre Jesús y Pedro. ¿Alguna vez has sentido que un error te descalificaba? ¿Cómo te anima la historia de la restauración de Pedro?
4. La respuesta de Jesús a Pedro fue: “Sígueme tú”. ¿Con quién te comparas a veces? ¿Qué paso práctico puedes dar esta semana para enfocarte más en tu propio camino con Jesús?
5. Juan dice que no se podrían escribir todos los libros sobre Jesús. Si tuvieras que añadir un “capítulo” más basado en tu propia experiencia con Él, ¿qué historia contarías?



Oración

Padre celestial, te damos gracias por este hermoso final del evangelio de Juan. Gracias, Jesús, porque nos buscas en medio de nuestra rutina y nuestros fracasos, como lo hiciste con tus discípulos en la orilla. Gracias por tu perdón que no solo borra nuestros errores, sino que nos da un propósito nuevo y nos llama a cuidar de otros.

Ayúdanos, Señor, a amarte con todo nuestro corazón y a no compararnos con los demás. Que cada día escuchemos tu voz diciéndonos: “Sígueme tú”, y que tengamos el valor y la alegría de responderte con un “sí”. Amén.



Notas



Recursos adicionales

1. *El Evangelio de Juan: El Camino, la Verdad y la Vida* de John MacArthur

Explicación clara y conservadora del evangelio, destacando la deidad de Cristo y la necesidad de una fe personal.

2. *Introducción al Evangelio de Juan* de R. C. Sproul

Presenta las verdades doctrinales esenciales del evangelio, con un enfoque en la autoridad bíblica y la importancia de la fe.

3. *El Evangelio de Juan: El Amor de Dios Revelado* de Tim Keller

Explora el amor de Dios mostrado en Juan y cómo esto invita a una respuesta personal de fe y amor.

4. *Juan: El Evangelio de la Fe* de Bill Bryson

Presenta el evangelio de manera sencilla, enfatizando la misión divina de Cristo y la invitación a la fe.

5. *Comentario Bíblico para la Vida Diaria: Juan* de Warren W. Wiersbe

Ofrece un comentario práctico y fácil de entender, con aplicaciones claras para la vida cotidiana.



6. *El Evangelio de Juan: Luz para el Mundo* de John Stott

Una explicación clara y fiel al texto, destacando el mensaje central de salvación y luz en Cristo.

7. *Juan: El Hijo de Dios* de Charles Swindoll

Explica el Evangelio de Juan con un estilo ameno y pastoral, enfatizando la persona y obra de Jesús como fundamento de la fe.

8. *Evangelio de Juan: La Palabra Encarnada* de J. C. Ryle

Resalta la importancia de la encarnación y la divinidad de Cristo, con un lenguaje claro y devocional.





